

ECUADOR

Debate

CONSEJO EDITORIAL

José Sánchez-Parga, Alberto Acosta, José Laso Ribadeneira,
Simón Espinosa, Diego Cornejo Menacho, Manuel Chiriboga,
Fredy Rivera Vélez, Marco Romero.

Director: Francisco Rhon Dávila. Director Ejecutivo del CAAP
Primer Director: José Sánchez Parga. 1982-1991
Editor: Fredy Rivera Vélez
Asistente General: Margarita Guachamín

REVISTA ESPECIALIZADA EN CIENCIAS SOCIALES

Publicación periódica que aparece tres veces al año. Los artículos y estudios impresos son canalizados a través de la Dirección y de los miembros del Consejo Editorial. Las opiniones, comentarios y análisis expresados en nuestras páginas son de exclusiva responsabilidad de quien los suscribe y no, necesariamente, de ECUADOR DEBATE.

© ECUADOR DEBATE. CENTRO ANDINO DE ACCION POPULAR

Se autoriza la reproducción total y parcial de nuestra información, siempre y cuando se cite expresamente como fuente a ECUADOR DEBATE.

SUSCRIPCIONES

Valor anual, tres números:

EXTERIOR: US\$ 45

ECUADOR: US\$ 15,50

EJEMPLAR SUELTO: EXTERIOR US\$. 15

EJEMPLAR SUELTO: ECUADOR US\$ 5,50

ECUADOR DEBATE

Apartado Aéreo 17-15-173B, Quito-Ecuador

Tel: 2522763 . Fax: (5932) 2568452

E-mail: caaporg.ec@uio.satnet.net

Redacción: Diego Martín de Utreras 733 y Selva Alegre, Quito.

PORTADA

PuntoyMagenta

DIAGRAMACION

Martha Vinuesa

IMPRESION

Albazul Offset



ISSN-1012-1498

ECUADOR DEBATE

72

Quito-Ecuador, diciembre del 2007

PRESENTACION / 3-8

COYUNTURA

Regreso del Estado y liderazgo político fuerte. Un diálogo sobre la coyuntura / 9-20

El juego de papeles y la auditoría de la deuda interna y externa / 21-26

Wilma Salgado

Conflictividad socio-política Julio-Octubre 2007 / 27-32

TEMA CENTRAL

Ciencias Sociales o "aparatos ideológicos de mercado" ¿qué hacer? / 33-60

J. Sánchez-Parga

Los estudios sobre la historia de la clase trabajadora en el Ecuador / 61-80

Hernán Ibarra

Ciencia económica: Imperialismo contra descolonización / 81-84

Jürgen Schuldt

Siete aportes de la Investigación Sociológica de Bourdieu / 85-100

Luciano Martínez Valle

Etnográficas sobre Drogas, Masculinidad, y Estética / 101-134

X. Andrade

Naturaleza y cultura. Un debate pendiente en la antropología ecuatoriana / 135-150

Alexandra Martínez Flores

Los Andes: la metamorfosis y los particularismos de una región / 151-170

Heracleo Bonilla

DEBATE AGRARIO

Las estrategias de conquista del agua en el Ecuador, o la historia de un sempiterno comienzo / 171-186

Christine Recalt

ANÁLISIS

Política exterior democrática, sociedad civil y diplomacia / 1887-204

Javier Ponce Leiva

El matrimonio entre Pachakutik y la UNORCAC en Cotacachi:

¿Una alianza rara? / 205-230

Rickard Lalander

RESEÑAS

El fin del petróleo / 231-234

Guillaume Fontaine

Estudios Culturales Latinoamericanos, retos desde

y sobre la región andina / 235-238

María Fernanda Moscoso y Juan Carlos Jimeno

Etnográficas sobre Drogas, Masculinidad, y Estética

X. Andrade¹

A partir de una larga trayectoria de investigación en el mundo del consumo de drogas se pone en cuestión las respuestas bio-médicas y legales que definen su penalización y represión. Propone una mirada diferente basada en una etnografía reflexiva dirigida a problematizar el consumo de drogas y las formas de violencia que la acompañan. Se impone contextualizar tal violencia y superar la criminalización de quienes desde condiciones estructurales de pobreza son sus víctimas.

A un nivel descriptivo e inmediato, dada la tremenda polarización ideológica alrededor de los estudios sobre la pobreza en [Norte] América, los datos etnográficos arriesgan alimentar a los estereotipos racistas y a las creencias popularizadas que tienden a criminalizar a las víctimas, independientemente de la verdad que aquellos datos digan sobre el poder. A un nivel más profundo y teórico, la etnografía puede distorsionar sistemáticamente una perspectiva analítica convirtiéndola en un complejo autocontenido de relaciones individualistas que enmascaran el proceso histórico y niegan las relaciones estructurales y de poder más amplias.

Philippe Bourgois

Etnográfica

Este artículo trata sobre la antropología de las drogas partiendo para ello de una revisión de algunas de mis experiencias etnográficas sobre el tema en diferentes momentos y ciudades, y entre diversas redes sociales, una mirada influenciada por las teorías sobre el género en tanto performance con énfasis en cuestiones relativas a la construcción pública de la masculinidad, y las dimensiones éticas y políticas en la representación etnográfica. A lo largo de este trabajo hago referencia a los aportes puntuales que han despuntado sobre la materia puesto que, hablando en sentido estricto, no se puede hablar de un campo de estudios sobre

¹ Ph.D. (c) en Antropología, The New School For Social Research, Nueva York. Profesor Asociado de FLACSO-Ecuador. Trabaja y enseña sobre temas de ciudad, visualidad, etnografía, drogas, y masculinidades en perspectiva intercultural. Agradezco la gentil invitación de Paco Rhon para ser parte de este volumen, y por su enorme paciencia cuando decidí explorar todos los meandros que me llevaron de vuelta al tema de las drogas ilícitas, un tema que sirvió para formarme inicialmente en el campo de la antropología.

drogas ni tampoco sobre masculinidad desde las ciencias sociales en Ecuador. Más allá de una oleada de trabajos dados a fines de los ochentas y principios de los noventas, y eventuales monografías realizadas en el período más reciente, las mismas que han tenido como principal locus, es el tema drogas, a la institución carcelaria, la atención temática se ha debido más a la coyuntura que a una agenda de investigación desarrollada sistemáticamente. En cuanto al campo de las masculinidades, las discusiones han sido todavía más puntuales con solo un volumen compilado sobre el tema y un puñado de ensayos afines durante una década.²

Este artículo discute la utilidad de una mirada, ciertas teorías, y algunas técnicas etnográficas para entender un tema sobre el cual los debates dominantes —esto es, los discursos biomé-

cos y psicológicos en conjunción con las ideologías represivas— tienden a simplificar grotescamente y a reducir las dinámicas sociales a un problema de trayectorias individuales, tal como ha sido planteado por investigadores de la economía política de la pobreza y las drogas.³ Las consecuencias sociológicas y políticas de tales visiones son mayormente perversas y aunque la literatura crítica sobre las drogas las ha puesto sobre el tapete desde décadas antes de que el narcotráfico existiera como concepto siquiera, aquéllas siguen primando sin lograr permear, ni siquiera medianamente, la esfera pública. En Ecuador, por ejemplo, los jóvenes de estratos populares y, más concretamente, los pandilleros juveniles son retratados reiteradamente como un problema social cuyo carácter violento está directamente vinculado al consumo de dro-

-
- 2 Ello contrasta con la explosión de etnografías sobre masculinidades en la región para el mismo período tal como el volumen compilado por Gutmann (2003) lo evidencia.
 - 3 Por supuesto, estas preocupaciones no son nuevas y han sido exploradas por algunos etnógrafos a cuyo trabajo se deben preguntas cruciales que inspiran el mío, especialmente los aportes de Anthony Henman sobre los procesos de “normatización de la contravención” y de Philippe Bourgois sobre la centralidad del poder para entender la pobreza como parte de una economía política, y de la necesidad derivada de insertar las historias particulares en estructuras más amplias que sirven para explicar lo que, en tratados sociológicos influyentes como el clásico de Howard Becker (1963), aparecían como dinámicas de “desviación”. Henman, desde los ochentas, y, Bourgois, desde los noventas, han sido autores claves en mi trayectoria particular de estudios sobre drogas. Aunque ambos provienen de escuelas distintas, Henman siendo más cercano al interaccionismo simbólico, y, Bourgois a la economía política, coinciden en mantener una estancia crítica y subrayar el poder de la etnografía para el estudio de los mundos subterráneos. Políticamente, Henman es un personaje clave en el campamento antiprohibicionista, mientras que Bourgois opera desde el de políticas públicas dirigidas a la reducción del impacto negativo de las adicciones. Decidoramente, ambos autores ejemplifican formas diferenciales de la representación etnográfica sobre drogas. Mientras que Henman opera crecientemente desde fuera de la academia y hace explícita su propia experimentación con drogas como una estrategia epistemológica y política central para el desarrollo de un saber informado sobre este campo, Bourgois ha construido una sólida trayectoria en la academia norteamericana, la misma que demanda una estancia de representación distante frente a este nivel de involucramiento. Traté específicamente esta encrucijada para el estudio antropológico de las drogas en un artículo en proceso. El presente intenta reflejar, espero que de una manera no muy distorsionada, algunas de las enseñanzas etnográficas, éticas y políticas que hacen de Henman y Bourgois trayectorias de alguna manera compatibles.

gas ilícitas. Sin embargo, las relaciones entre estos dos elementos –violencia y drogas– están lejos de haber sido estudiadas detenidamente para el caso ecuatoriano y, por lo tanto, carecen de evidencias más allá del, problemático por sus tendencias sensacionalistas, dato mediático. Como todas aquellas nociones que viajan del sentido común hacia el mundo de las ideas académicas sin beneficio de inventario, la ideología antidrogas se convierte en “dato” o “evidencia” por la magia misma de un tipo de discurso legitimado socialmente: el de la academia y/o el de las ONGs. Este efecto se logra, generalmente, con un manejo típico del discurso prohibicionista, esto es hablando de “la droga” en abstracto e insinuando relaciones causales entre su consumo y la producción de violencia.

Aludo al pandillerismo como un ejemplo del asunto central que trataré en este artículo: de cómo –parafraseando la estancia de Loïc Wacquant– la “teoría etnográfica” puede aportar ele-

mentos críticos frente a paradigmas científicos y/o pseudo académicos que terminan apuntalando la ideología antidrogas y/o determinadas políticas públicas que son aplicadas como consecuencia de esta última.⁴ La denominación del ejercicio que propongo como una serie de “etnográficas” enfatiza el hecho de que el dato de campo es un constructo precedido por preguntas de índole teórico, levantado, sistematizado y contextualizado mediante instrumentos cuyas preguntas han sido organizadas de acuerdo a una agenda teórica, analítica e interpretativa sobre un fragmento de la realidad social. La propuesta que está detrás de la noción de “etnográfica” que encabeza este artículo es una consecuencia de esta forma de interpretación del trabajo antropológico como un principio ordenador de un tipo de mirada que precede a la entrada a un campo dado, a la vez que subraya la dimensión visual y de performance en la interacción social.⁵ No obstante, al contrario de estilizar y exotizar el retrato produci-

4 Wacquant sostiene que: “la mejor teoría es aquella que es virtualmente inseparable del objeto que ilumina” (en Auyero, 2000: 18).

5 “Performance” y “performatividad” son conceptos diferentes, aunque engendran la posibilidad de ser complementarios dependiendo del tipo de énfasis que brinde la mirada etnográfica a un objeto de estudio. El primero es heredero privilegiado de la tradición dramática del interaccionismo simbólico en sociología, y, de la antropología simbólica con su interés inicial en la estructura ritual. Este impulso fue trasladado vía el dramaturgo Richard Schechner en su obra clásica *Between Theater and Anthropology* (1985), colaborador cercano de Victor Turner, a los estudios de teatro, primero, y luego de performance como campo transdisciplinario en la academia norteamericana en los noventa. A lo estático de las nociones de rol –implícita en el performance definido como puesta en escena en una tarima llamada vida social, realizada después de un guión– se le opone el concepto de “performatividad” desarrollado en el posestructuralismo de Judith Butler, entendido como una compulsión mandatoria a encasillarse en un marco normativo de género, compulsión que opera mediante la citación, no estrictamente correspondiente ni absoluta, de dicha norma. A su vez, esta noción se deriva del análisis lingüístico que veía en el lenguaje la creación de efectos sobre la realidad social. Se trata, por lo tanto de tradiciones diferentes. Mientras para la primera, el énfasis se halla en el ajuste a un guión pre establecido, para la segunda, interesa precisamente el efecto y el desajuste que se genera al citar una norma que, así, es

do de mis informantes, me muevo hacia contextualizarlos dentro de producciones ideológicas y fuerzas sociales. De ahí el interés en ver ciertos aspectos de la estética (museográfica, corporal, lingüística, interactiva) de las experiencias analizadas a la luz de las citas, negociaciones y resistencias que se hacen del *ethos* (económico, moral, racial y de género) capitalista.

Me referiré específicamente a las maneras bajo las cuales ciertas técnicas de la etnografía tales como la observación participante y la historia de vida cuando aplicadas entre determinadas redes (de consumidores y traficantes) o entornos sociales (las calles, las cárceles, los circuitos sociológicos) permiten repensar desde adentro ciertas dinámicas del consumo y la comercialización a pequeña escala del narcotráfico. En un terreno carente de investigación sistemática sobre las drogas legales o ilícitas, comenzando por un decidor vacío de etnografías sobre el alcohol -de acuerdo a todos los indicadores el principal problema de salud pública en Ecuador vinculado a sustancias psicoactivas- cabe retomar el punto de partida del análisis de Tim Mitchell para el caso mexicano, el mismo que puede ser yuxtapuesto para entender nuestro propio

paisaje de drogas, y, a su vez, el impulso etnográfico de mi agenda:

La omnipresencia del alcohol en el mundo Mesoamericano ha sido ampliamente confirmada. El rol de "musa" del alcohol en la producción artística y literaria Mexicana ha sido largamente sospechado. La seductora influencia de los modelos de consumo pesado de alcohol ha sido lamentada. El rol del tequila en las batallas de género que se dan desde Chiapas hasta Chicago está adquiriendo mayor atención en tiempos recientes. Sin embargo, todavía hay mucho que aprender sobre los bebedores empedernidos de México, y más todavía desde ellos, si solo pudiéramos narcotizar, primero, nuestros prejuicios (Mitchell, 2004: 1-2, traducción mía, subrayado del autor).

Este artículo trata de superar la "distorsión sistemática" a la que alude el conjuro inicial de Bourgois con la finalidad de "narcotizar" los prejuicios de los discursos dominantes sobre el mundo de las drogas, y de ciertas formas de etnografía, al verlo como un todo autoreferencial. Con este motivo, me valgo de una serie de cinco viñetas etnográficas levantadas en distintos periodos (entre 1987 y 2007) y localidades (México, Quito, Guayaquil, Nueva

inestable. El puente entre estas dos concepciones, sin embargo, puede trazarse a partir del propio dato etnográfico cuando el *performance* público se convierte en un ejercicio destinado al reconocimiento social. Ello ocurre, precisamente, en el tipo de desarrollo que requiere el capital simbólico violento que acompaña al mundo del tráfico, y, como lo veremos más adelante, también ciertas prácticas de consumo de drogas. Dicho *performance* público tiene que ver tanto con una inversión simbólica en la interacción social para obtener sentidos de prestigio, apelando para ello a repertorios androcéntricos, cuanto con condiciones estructurales que generan violencia, incluyendo la de género. La metáfora de la vida social como escenario, por lo tanto, es limitada y tiende a desplazar las preguntas sobre el poder hacia las jerarquías impuestas por estructuras e instituciones solamente, y las dinámicas de ajuste, resistencia y agencia que el poder engendra.

York), y entre diferentes redes sociales. Un museo, una cárcel, una calle, una red social, y un informante maestro se hallan conectados entre sí por mi preocupación por cuestiones de género en un mundo que tradicionalmente ha sido visto predominantemente como masculino. En este sentido, el hilo articulador de la discusión es el de la invisibilidad de las mujeres en el tema de las drogas como una construcción tanto discursiva e ideológica así como nacida de las microprácticas de las economías subterráneas, una construcción que puede trasladarse también a la observación de campo. El argumento plantea un correlato reflexivo sobre la construcción del dato etnográfico en las etnografías sobre drogas y la mediación del género de mi mirada para la construcción del mismo.

Museo

El mercado mundial de la heroína, analizándolo desde el escenario norteamericano, sufrió cambios dramáticos durante los noventas. Tales cambios estuvieron relacionados con la composición demográfica de los mercados de dicha sustancia dada la emergencia de una población más joven y más pudiente de consumidores, la mayor calidad y disponibilidad de la misma en el mercado al minoreo, y, finalmente, una transformación crucial en la vía principal de administración de la heroína. El papel

de carteles establecidos en Colombia y México —donde el cultivo de amapola logró romper con el monopolio establecido históricamente alrededor del Triángulo Dorado en Asia— en los mencionados cambios fue igualmente decidor. La competencia establecida por las heroínas colombiana y mexicana significó una apertura de los mercados que se viabilizó debido a la proximidad geográfica de las fuentes abastecedoras al mayor mercado de consumo mundial, y, fundamentalmente, gracias al aumento de la pureza de la heroína disponible en las calles, lo que hizo de esta sustancia ser susceptible de utilizarse de forma fumable e intranasal.⁶ Así, uno de los motivos recurrentes en la fantasmagoría de la guerra contra las drogas: la imagen desgredada de un junkie portando una jeringuilla en la mano pasó a competir con el glamour del, así llamado, “heroin look” en los circuitos industriales de la alta moda.

Si antes, una parafernalia amplia y un ritual elaborado caracterizaron al consumo inyectable de heroína, desde los noventas, la mayor pureza del material al minoreo facilitó renovadas formas de administración que, de hecho, guardan algunas ventajas desde la perspectiva del usuario: primero, fue eliminado el estigma vinculado al uso de jeringuillas debido al involucramiento de sangre o dolor, y la introducción de dispositivos externos en el cuerpo del usuario, a la

6 No se trata de fenómenos estrictamente secuenciales. Tanto las prácticas de administración intravenosas como las otras coexisten actualmente. Las prácticas fumables e intranasal dependen del tipo de heroína, siendo la primera tradicionalmente extendidas en Europa y, solo marginalmente, en Estados Unidos. La expansión del consumo intranasal, sin embargo, brindó un carácter diferencial a los mercados de heroína en dicho país desde la década pasada.

vez que limitaba sensiblemente la necesidad de compartición de la parafernalia; segundo, fue desplazado el estereotipo que asignaba ideológicamente un vínculo inmediato entre el uso de heroína, la decadencia individual, y la marginalidad; tercero, y no menos importante que los anteriores, la vía intranasal —mayormente expandida en Estados Unidos al contrario de Europa donde se desarrolló históricamente una tradición más arraigada de administración fumable— implica, en gran medida, la eliminación de los riesgos de sobredosis principalmente porque la absorción de la sustancia a través de las mucosas nasales es menos eficiente que cuando el usuario se inyecta.⁷ Estas son prácticas que, sin embargo, son negociadas de acuerdo a la “economía moral” desarrollada en una formación social dada, dichos sentidos de moralidad respecto de las formas socialmente consideradas

como adecuadas para la administración de una sustancia, sin embargo, varían de acuerdo a las condiciones sociales y el nivel de adicción de las mismas.⁸

Paralelamente, al disminuir o erradicar el uso de jeringuillas y en la ausencia de prácticas de compartición de este tipo de parafernalia, el riesgo de transmisión del SIDA, ciertas formas de hepatitis y otras enfermedades también disminuiría. Por último, la mayor pureza implica, por lo menos para redes noveles y al inicio de la carrera de un usuario regular, el manejo de cantidades menores para lograr efectos similares al estado idealmente deseado. Finalmente, los precios en la calle, como resultado de la producción de una heroína mejor y más fácilmente transportable, se estabilizaron a la baja, con lo cual el proceso de democratización del consumo de este opiáceo fue garantizado. Si el paisaje esbozado es

7 Las teorías sobre “riesgo” varían desde la epidemiología comportamental, la psicología social, la racionalidad situada, y el enfoque culturalista del riesgo. El trabajo de Roberto Abadie (2003) es una fuente interesante para entender las bondades y las limitaciones de las mismas. Abadie hace una etnografía sobre usuarios de drogas intravenosas en Uruguay intentando una confluencia de los dos últimos enfoques, esto es procurando un balance analítico entre las determinaciones individuales y las relaciones de poder (pp. 37-43). Una preocupación complementaria, destinada a discutir como el discurso médico sobre el riesgo se transplanta al de la antropología sin beneficio de inventario, pero enfocada hacia la prevención de los efectos social e individualmente problemáticos de las adicciones se encuentra en el trabajo de Ronald Frankenberg (1993). Sobre el disciplinamiento médico del tema drogas y su confrontación con metodologías antropológicas, v. Bourgois, 2000 y 1999; Bourgois y Bruneau, 2000.

8 Los modelos descritos son, por lo tanto, en gran medida una referencia ideal especialmente en formaciones sociales deprivadas. Las evidencias etnográficas entre usuarios problemáticos da cuenta del uso compartido de parafernalia inyectable promovido por sentidos de solidaridad y retribución a pesar de la disponibilidad de recursos individuales (Abadie, 2003; Bourgois y Schonberg, s.f., 1998a). Tales sentidos son analizados por Bourgois (1998b) como fundamentos para la definición de las economías morales de redes sociales de adictos a la heroína en su estudio de campamentos de vagabundos en San Francisco. Bourgois presenta un argumento excepcional sobre la necesidad del entendimiento de “las prácticas íntimas de las poblaciones vulnerables” (ibid: 2344), prácticas que se negocian de acuerdo a relaciones concretas de poder —de género, etnicidad, raza y clase— las mismas que, regularmente, son excluidas de los paradigmas epidemiológicos que predominan en el tratamiento de las drogas en tanto problema de salud pública.

válido para los mercados al minoreo en Manhattan hacia fines de los noventas, período en el cual desarrollé investigaciones sobre los efectos de las políticas represivas sobre los patrones de abastecimiento, distribución y consumo entre usuarios de diferentes clases sociales, el tráfico de heroína tuvo también efectos evidentes para las economías productoras. Entre los cuales destacan regionalmente y México.⁹

En 2004, visité en Ciudad de México una peculiar institución: El Museo de los Enervantes, ubicado en las oficinas centrales de la Secretaría de Defensa Nacional (SEDENA). Con dos décadas de vida y regularmente cerrado al público, éste tiene un espectro temático definido y un afán claramente pedagógico: enseñar las formas de operación del narcotráfico en México a los novales cadetes por alistarse en los servicios de control e interdicción. Dioramas cons-truidos domésticamente, instalaciones, vitrinas y objetos de distinta naturaleza —entre los que se destacan armas, para-

fernalía instrumental usada en los laboratorios de cultivo hidropónico de marihuana, notas manuscritas de amenazas formuladas por presuntos traficantes en contra de campesinos, y paquetes de sustancias penalizadas decomisadas en alguna redada— sirven para el propósito de ilustrar un sistema dirigido y diseñado por los narcotraficantes y sus secuaces ubicados en el cuidado de “campamentos” y laboratorios que son, en el museo, recreados con elementos banales tales como cubetas de huevos, ollas, balanzas y, por supuesto, tanques metálicos en donde reposan éter y acetona. El uso de recursos fotográficos a lo largo de la exhibición sirve para dar cuenta de la magnitud del trabajo de interdicción: pistas de aterrizaje descubiertas entre paisajes de desierto, la vida en los campamentos narco, las zonas de cultivo, semillas, plantas, y objetos decomisados varios, todos ellos auténticos, se advierte.

Una imagen que perdura consistentemente en las representaciones visua-

9 Referencias más detalladas sobre el carácter del mercado de heroína en los noventas en Manhattan se encuentran en Andrade y otros, 1999. Esa etnografía se fundamenta en el seguimiento de proveedores particulares y las redes clientelares articuladas a su alrededor, siendo que las trayectorias de estos últimos a lo largo de dos años mostraron una amplia gama de patrones de consumo problemático y no problemático. La pregunta de investigación giró alrededor del impacto de las políticas represivas impuestas sobre los mercados callejeros en el East Village hacia fines de los noventas, una de las barriadas donde históricamente se había consolidado la comercialización de heroína, entre otras drogas, originalmente en manos de traficantes caribeños. La coyuntura política de este estudio fue clave puesto que la ideología de “Tolerancia Cero” promulgada por el Alcalde Rudolph Guiliani reforzó procesos de limpieza sociológica de las poblaciones marginales y de las economías ilícitas. Como resultado de ello, el mercado, antes que desaparecer, vio una mayor sofisticación en términos de formas de distribución y consolidación de redes clientelares. Ambos procesos fueron facilitados por la expansión de las tecnologías de comunicación móvil, trasladando el negocio de la calle a la distribución a domicilio, y reduciendo en tiempos de crisis pero, a la vez, estabilizando el mercado alrededor de una red social, menos indiscriminada y más limitada en términos numéricos, de clientes confiables. Similares procesos se desarrollarían en los mercados locales, aunque resta por evaluar el impacto directo de la telefonía móvil en la renovada estructuración de los mismos. Evidentemente, para Quito y Guayaquil, esto no ha supuesto la eliminación del mercado de la calle, pero sí su restricción y diversificación.

les del narcotráfico es la de la agresiva masculinidad de los traficantes, siendo su contrapartida la feminización de los usuarios, especialmente en el lenguaje de las campañas de prevención con la finalidad de transmitir ideas sobre la ausencia de toda agencia manifestada en la supuesta pasividad de los usuarios frente a la, desde esta perspectiva omnipotente, “droga” (Henman y Pessoa, 1986). Ana Elena Mallet (2002), en un breve pero poderoso ensayo descriptivo sobre el Museo de los Enervantes –significativamente titulado “Modus Operandi”– produce un adecuado retrato de la museografía del lugar y la centralidad de las representaciones masculinistas: “un maniquí exhibe la vestimenta típica de las infanterías del narcotráfico: camisa de colores chillantes y desabotonada a mitad del pecho, sombrero vaquero, lentes oscuros, vistosas cadenas doradas, cinturón de hebilla grande, pantalón de mezclilla y botas picudas” (p. 68). Para reforzar esta imaginería, una calavera con tibias cruzadas pende de la gruesa cadena que adorna el cuello del varonil maniquí.¹⁰

Amén de que el uso de maniqués representa una impronta del legado etnográfico en los lenguajes museográficos, destaca en el conjunto del desplie-

gue de los recursos descritos, la invisibilidad de las mujeres en este negocio, así como la magnitud económica del mismo: una foto de doce millones de dólares apilados sirven para ilustrar los intentos de soborno, aunque uno no deja de preguntarse cuántos más habrán servido para facilitar el establecimiento de negocios entre policías, gobiernos y traficantes que, de hecho, tienen un correlato en expresiones de lo popular desarrolladas en las recientes décadas alrededor de la economía de la droga, su moral, y su violencia. Estas últimas, claro, muchas veces verdaderas apologías a la figura cuasi mitologizada del traficante, han quedado fuera del museo.¹¹ Como afuera quedan, de casi todo museo, la historia de explotación y otras que no se hablan, como la corrupción, que precede al coleccionismo de la cultura material: un vívido ejemplo de ello es provisto por el magnífico retrato compuesto por el trabajo “museográfico” de Michael Taussig y el ensamblaje de viñetas (“cosas”, las llama él) que componen su obra *My Cocaine Museum* (2004). Taussig presenta una economía política para entender el Pacífico colombiano y su conversión de una zona minera a la industria de la cocaína. Esta zona, que lindera con el Ecuador esmeraldeño, se halla aunada sociológic-

10 El trabajo de Mallet incluye, de hecho, una excelente fotografía del artefacto en referencia, entre otros.

11 Los narcocorridos son, quizás, la expresión más conocida de estas manifestaciones con contenidos de género heredados de la tradición del corrido mexicano. Junto con la balada norteña, entre otros, estos géneros ilustran el reforzamiento de discursos androcéntricos arraigados históricamente en la música popular y, que, en sus extremos, llegan hasta la glorificación del feminicidio que ocurre en ciertas zonas de frontera siendo los asesinatos masivos y sistemáticos de mujeres en Ciudad Juárez su ejemplo más dramático. Existe, pues, una continuidad desde la celebración de la violencia armada que acompaña al ethos aventurero de los hombres comunes y los capos menores envueltos en el narcotráfico hacia el exterminio de mujeres jóvenes como parte de modelos de género compartidos y exacerbados por la economía moral de las drogas ilícitas (v. Juárez, 2007).

ca y étnicamente, al también violentado por la economía de la droga, Ecuador esmeraldeño. Esta última, también, una realidad no hablada.

Pero, ¿cómo interpretar el discurso de género de la interdicción que toma como referente casi exclusivo a lo masculino? La primera respuesta es, por supuesto, relativa a las tecnologías disciplinarias que promulgan la idea de que las drogas son, básicamente, un negocio de hombres, tales como la del museo con su misión pedagógica dirigida a un grupo selecto de estudiantes —también en su mayoría compuesto por hombres— construye una lectura masculina de la cultura material.¹² Sin embargo, la incorporación de valores y visiones masculinistas es originalmente tanto un producto de la especialización histórica de los varones en el mundo de las economías subterráneas —con la excepción paradigmática de la prostitución y de la industria pornográfica, campos en donde la participación de las mujeres es imprescindible como objetos mismos de la trata— cuanto de una ideología

represiva que diagnostica al fenómeno de las drogas desde una óptica de guerra y, por lo tanto, la objetiviza predominantemente desde una visión punitiva con mayores efectos entre los sectores deprivados de campesinos, en selvas y montañas, y los mercados al minoreo, en la calle.

Calle

Salido del orden del museo y de camino a los mercados callejeros, pienso en la invisibilidad de las mujeres también como parte del habitus de la mirada etnográfica. En el centro del renovado Guayaquil, uno de los ejercicios más visibles de resistencia —y por ello entiendo la apropiación arbitraria, pero informalmente reglamentada, de las calles por parte de ciudadanos comunes especialmente en zonas de frontera con el espacio no renovado— viene brindado por los cuidadores de autos, actividad que es masculina mayoritariamente en relación a las mujeres y otros géneros.¹³ En los diver-

12 El clásico trabajo de Donna Haraway (1989) sobre la organización de una mirada patriarcal sobre la naturaleza en el Museo de Historia Natural de Nueva York viene a la mente como principal referencia de la problemática planteada. Sin embargo, ésta va más allá de la mirada museal tal y como lo han revelado los aportes feministas: que la cultura material en general, incluyendo el cuerpo, es la consecuencia de una profundamente enraizada mirada masculina es un punto clave en los argumentos de Judith Butler (1993). Adicionalmente, son útiles los trabajos compilados por Víctor Buchli (2002) para una genealogía de los estudios sobre la materia en la que cuestiones de representación e invisibilidad de género aparecen reiterativamente.

13 La relación aproximada en la zona descrita —4 bloques urbanos— es de 20 a 1 entre hombres y mujeres. No he visto homosexuales o travestistas desempeñando estas tareas. Sí, sin embargo, una mujer lesbiana. El sentido de “resistencia” es evidentemente problemático puesto que existen negociaciones entre el propio aparato de limpieza sociológica y los informales. Sin embargo, dada la extensión del proceso renovador y a pesar de la oposición de los medios contra los acomodadores de autos, no deja de ser remarcable su disciplina y visibilización cotidiana, constituyendo su trabajo una forma de lucha hacia la condena hacia las fronteras de la renovación promulgada por las políticas municipales. Para una ilustración de la cotidianidad en Guayaquil en tiempos de “regeneración urbana” y algunas de las dimensiones de la limpieza sociológica implantada, v. Andrade 2007.

esos años que he vivido en la zona en distintas épocas, he pasado recurrentemente en mi camino a la tienda por un bloque que está controlado por una señora. Aunque he constatado desde los ochentas que parte de los cuidadores de autos, especialmente en determinadas calles, son también vendedores ocasionales o en pequeña escala de marihuana y sulfato de cocaína, nunca me pregunté si la señora en ciernes también lo era. Por el contrario, asumí automáticamente que, siendo una mujer en sus cincuentas, ella era exclusivamente una trabajadora informal y no que "cachueleaba" como una pequeña traficante.¹⁴ De hecho, acomodadores/traficantes que conocí en Guayaquil entre los años 1987 y 1990, período de mi trabajo de campo sobre drogas y violencia, continúan en sus puestos cuando escribo estas líneas hacia fines del 2007 y principios de 2008, todavía traficando algunos de ellos dos décadas después de que yo los conociera. Ello habla de la

estabilidad de una informalidad complementaria y de la perennización de una masa poblacional en posiciones económica, social y racialmente marginalizadas.¹⁵

Mi ceguera frente a la complejidad de las estrategias de sobrevivencia de la señora puede relacionarse con el hecho de que me impresionaban su limpieza y solvencia personales por el hecho de que contrasta con la tendencia al descuido y al estado étlico de buena parte de los cuidadores hombres, condenados al alcoholismo y la mayoría de ellos bordeando el ingreso al imparable ejército de vagabundos en la ciudad renovada, pelotón que todavía se apropia de bloques enteros de ella durante las noches y los fines de semana. También me impresionaba su determinación para hacerse respetar, operando a veces solitariamente, en su zona —siendo lo común el observar grupos de hombres que controlan una misma cuadra o veredas contrarias en un solo bloque. En

14 No coincidentalmente, una de las historias de vida que levanté en estas zonas urbanas entre 1987 y 1988 fue construida en diálogos con un acomodador/traficante. El sigue, hoy por hoy, desempeñando ambas labores aunque su relocalización ha sido forzada a las zonas fronterizas a la renovación urbana. "Cachuelo" es un trabajo eventual o complementario, estrategia ampliamente difundida en la economía informal.

15 He desarrollado investigaciones sobre marginalidad en Guayaquil desde mediados de los ochentas, y sus temas son acarreados por personajes y colectivos que emergen en el día a día que compone mi actual interés por los efectos sociológicos de la renovación urbana. La ciudad ha sufrido un proceso acelerado de reconfiguración espacial desde fines de los noventas. La población a la que me refiero ha permanecido estable a pesar de la limpieza sociológica implementada en la zona en una muestra remarcable de lucha y resistencia cotidianas, y contra los reiterados llamados de la opinión mediática por erradicar aquellos quienes, con su presencia reiterativa, contaminan la imagen de postal publicitada por el ayuntamiento y la industria turística. En ciertos sectores, la privatización impuesta sobre el espacio público en base al control ejercido por parte de guardias particulares, ha dado lugar a dinámicas de convivencia. En concreto, algunos acomodadores informales pagan una pequeña comisión diaria a los gendarmes para facilitar su trabajo en ciertos bloques. Las condiciones estructurales de la miseria ha sido ampliamente documentada en trabajos ejemplares como el de Bourgois (1995, y, Schonberg y Bourgois, 2002), y la extraordinaria compilación de Pierre Bourdieu y otros (1999) sobre las implicaciones del tratamiento de la pobreza para repensar la teoría sociológica y antropológica.

cualquier caso, ella opera como la jefa de su cuadra para el cuidado de autos cuando personajes complementarios, masculinos, son involucrados de acuerdo a una cuidadosa organización por días y turnos. Me parecía adicionalmente que, por su lenguaje, la señora había adquirido un cierto grado de educación formal, poco característica al resto de una población manifiestamente deprivada de ella. En el día a día guardamos mutuamente una relación de cordial saludo, la misma que yo rompí con varios de los otros acomodadores masculinos porque se me acercaban de manera impertinente y, a veces, hasta agresiva para pedirme dinero u ofrecerme las drogas mencionadas sin que mediara solicitud alguna de mi parte.¹⁶ Ejerciendo su propio sentido de olfato visual con la finalidad de captar a un potencial cliente y movidos por un claro ethos empresarial, la reiteración de su oferta me resultó insoportable después de los primeros diez intentos por venderme forzosamente una *tamuga* (de marihuana) o una *ayaca* (de pasta básica o sulfato de cocaína), que son las unidades mínimas de venta, actualmente fijadas alrededor de cinco dólares.¹⁷

Una noche, finalmente, pasaba por la zona de la señora camino de la que constituía la tienda del barrio y la saludé como de costumbre, en esa suerte de juegos mecánicos que uno establece con conocidos de la urbe en los bloques inmediatos a los de la residencia. Aunque regularmente prefiero lanzar un "señora, como está?" Al que ella responde "joven, cómo le va?", pregunté, esta vez, "Todo bien?", utilizando una fórmula que aplico regularmente entre redes de amistades cercanas en términos de redes y clase social, pero no en contextos como el de la esquina. "Todo en el mate", utilizando la fórmula y la pronunciación de los *sabidos* (conocedores de drogas) me contestó, a lo cual exploté inmediatamente en una carcajada que fue respondida con otra de su parte. "Todo en el *mate*" (la cabeza, el cerebro) significa que ya haz fumado y, por lo tanto, la estás pasando bien. Con su respuesta, la señora me dio la clave para entender que también complementaba sus ingresos con el tráfico a pequeña escala y que, en adelante, estaba para servirme asumiendo, como ella de hecho lo hiciera sobre mi persona, que; por mi apariencia yo era, de seguro, un consumidor factual y un cliente poten-

16 Éstas, por supuesto, son el tipo de artes que se encuentran expandidas en comunidades de este estilo tal como la detallada etnografía de Wacquant (1998) entre *hustlers* de Chicago lo revela.

17 Las unidades de comercialización han variado, especialmente en el caso del sulfato de cocaína. Una *ayaca* tradicionalmente designaba un paquete de varios gramos de sulfato hasta inicios de los noventa. En la actualidad, aunque se distribuyan paquetillos de entre 50 centavos y un dólar, es convenido que la unidad mínima sea de cinco dólares, es decir 10 ó 5 sobres cuyo contenido es equivalente a lo necesario para la preparación de una *pistola* (base más cigarrillo) o *maduro* (base más marihuana). Este tipo de dinámica, por supuesto, puede variar de acuerdo al acceso diferencial de distintas redes sociales al mercado de las drogas, en este caso de la base. En cualquier caso, la tendencia histórica es a reducir la cantidad de droga por unidad de medida, siendo la excepción el caso de la marihuana dada la gradual presencia de "skunk", una variedad histórica de origen peruano en esta región, que legitimó una escalada significativa de precios en los últimos años.

cial. Posteriores conversaciones sobre este episodio me darían cabalmente la razón.

El intercambio descrito enseña que en el corazón de los estereotipos derivados de la heteronormatividad existen algunos elementos que construyen la invisibilidad de las mujeres como parte de un cierto habitus de la mirada heterosexual, inclusive para alguien quien, como yo, ha estado en el negocio académico de las drogas y la masculinidad desde años atrás.¹⁸ En este tipo de dinámica se pueden encontrar, adicionalmente, racionalidades para la introducción de mujeres como mulas de transporte por parte de los traficantes y el relativo éxito de esta empresa dada su continuidad a la hora de sortear a los agentes de control. El habitus es un sistema de disposiciones prácticas que, una vez que es literalmente incorporado, evanece toda conciencia y bloquea de toda reflexividad a sus propios presupuestos. El narcotráfico y la interdicción se encuentran en el plano de una visualidad que intenta evadirse a sí misma construyendo, para ello, prácticas miméticas alternativas que están condenadas, en buena parte y cuando no media la corrupción, al azar de éxitos y fracasos. En el Museo de los Enervantes, por ejemplo, esta dinámica negativa es incorporada en una serie

fotográfica sobre una mujer que fuera capturada al ser identificada como “mula”, esto es como un transporte de drogas ilícitas que se halla inserta en su propio cuerpo sea en el estómago, en el recto, en las nalgas o en los senos. El carácter excepcional de esta imagen femenina en dicho museo habla de un proceso de especialización que, presuntamente, tomó forma también en la década pasada.

Paradójicamente, la excepción que representa esta serie fotográfica dentro de la instalación museográfica general revela la relación negativa que se establece entre los sentidos de olfato visual que se vislumbran institucionalmente como un resultado deseado para desarrollar las habilidades de los reclutas, por un lado, y, la ceguera establecida como resultado de las ideologías de género que se hallan como fundamento de las representaciones avanzadas, por ejemplo, en el Museo. La normalización de una determinada mirada —que presupone agentes individuales masculinos asignados a las tareas del tráfico y que implica mayormente, en este caso, la evanescencia de figuras femeninas dedicadas a ellas— se hallaría, pues, en la base de la utilización de mujeres en las tareas específicas de transporte a través de las fronteras.¹⁹ Evidentemente,

18 Los principales aportes sobre masculinidad en Ecuador están en el volumen editado por mi persona en conjunto con Gioconda Herrera (2001), *Masculinidades en Ecuador*. Es significativo que los estudios de género han consolidado un importante cuerpo de publicaciones desde los noventas, mientras que lo masculino sigue siendo solamente una nota de pie de página en este país.

19 Estudios relacionados con la problemática de mujeres mulas o traficantes y cárceles para el caso ecuatoriano son los de Torres (2006), Pontón (2006), y Pontón y Torres (2006). Estos trabajos, articulados inicialmente a un proyecto de investigación más amplio realizado por FLACSO en el 2005, tienen la fortaleza de dar cuenta de la experiencia cotidiana del encierro y la sobredependencia estructural en cuestiones de género en tanto catalizadoras del ingreso de las mujeres en actividades de tráfico.

parte de este proceso tiene que ver con el cuerpo mismo de las mujeres, tal como las secuencias de las tomas fotográficas sobre nalgas y senos intervenidos para insertar drogas dentro del cuerpo de una "mula" lo recuerdan. En la ambigüedad de género del propio término "mula", sin embargo, se encuentran las claves para entender su apareamiento y funcionalidad dentro de la estructura del narcotráfico, así como su carácter invisible. La noción de "mula" tiene valor descriptivo y es neutral en su género. Desde mi perspectiva, ella cobija dos elementos básicos: primero, es un término femenino que se aplica a los sujetos independientemente de su género o elección sexual; segundo, ella pone énfasis en un tipo de transporte de droga que, generalmente, incluye la penetración del cuerpo de los sujetos sea por vía oral, rectal o mediante incisiones dérmicas.

En este contexto, la categoría "mula" refiere a una práctica de tráfico que nace como respuesta a la creciente interdicción a nivel internacional y, al mismo tiempo, como parte de una larga tradición desarrollada en las economías ilegales de responder a la sociedad legal con prácticas de invisibilidad (en voz de uno de mis informantes en la economía de las drogas: "cuando la ley está de ida, uno está de vuelta"). "Mula", por lo tanto, alude fundamentalmente, dentro del lenguaje cifrado desarrollado inicialmente desde adentro de la economía de las drogas, a estrategias corporales de transporte (y carga), esto diferencia a tales actores de los correos históricos que utilizaban tradicionalmente dispositivos o tecnologías externas para el transporte de drogas.

La "mula", tal como su nombre lo denota, resulta un ser híbrido privilegiado entre los actores del narcotráfico. Las discusiones sobre hibridez en antropología han privilegiado temas raciales o tecnológicos, y las consecuencias que ellos tienen sobre cuestiones de identidad cultural, y para la transformación radical de las relaciones entre naturaleza y cultura especialmente en el capitalismo tardío. Como advierte Penelope Harvey en su discusión sobre hibridez y modernidad, "el problema es cómo permanecer atento sobre los tipos de diferencia que formas híbridas particulares conectan y los efectos de tales conexiones" a sabiendas de que éstas son iluminadas y, al mismo tiempo, ocultadas por el propio concepto (1996: 27 y ss.). En la invisibilidad de su carácter híbrido reposa su utilidad potencial, por efímera que ésta resulte para la empresa en ciernes. A su vez, el carácter explícitamente oculto de las "mulas" habla de una conexión temporal, funcional y ad-hoc, distinta a las que han sido detenidamente discutidas en el debate disciplinario.

Por otro lado, el éxito de las "mulas" depende de prácticas disciplinarias como parte de su inserción regular o puntual en alguna red de narcotráfico con la finalidad de ocultar afortunadamente su calidad de portadoras a los ojos de los agentes de control, mirada que, sabemos, por los montajes del Museo de los Enervantes y los elementos pedagógicos de que hacen uso las escuelas de policía, tiende a privilegiar actores masculinos como parte del narcotráfico. La literal incorporación de la droga en el caso de las mulas como estrategia y como práctica disciplinaria,

me parece una clave para entender el surgimiento de estos actores y la particularidad de sus experiencias, puesto que es una práctica que, además, demanda una serie de disciplinamientos del cuerpo tendientes a generar un performance adecuado a la hora del proceso de tráfico, que, a su vez, requiere de otra disciplina, la psicológica, al momento de la inspección. El difícil balance entre disciplina física y disciplina psíquica resulta clave a la hora de asegurarse una carrera profesional como "mula", especialmente si se considera que el riesgo más inmediato no es el encarcelamiento sino la intoxicación masiva y, muchas veces, la muerte. En su procura por la invisibilidad y la abolición del control policial la encarnación misma de la posibilidad de la muerte emerge, irónicamente, por sobreedosis.

Cárcel

La cárcel es la institución repositaria de los desprotegidos en la guerra contra las drogas. En Ecuador, con una legislación que deja en las manos de los policías, en primera instancia, definir arbitrariamente quiénes califican como "consumidores" y quiénes lo hacen como "traficantes", el panorama es particularmente dramático.²⁰ Toda referen-

cia periodística y de investigación sobre las instituciones penitenciarias destaca el rol de las mismas en reproducir y perfeccionar dinámicas de violencia, una violencia que es vista fundamentalmente como una extensión masculinista. Bajo un sistema que asigna estatus a aquellos quienes han realizado los crímenes más violentos, el control y la manipulación de los individuos al interior de estos paisajes de poder se halla perfectamente codificado. En el mundo del desorden, en estos infiernos de aparente caos, lo que prima es, pues, un orden basado en la violencia. He aquí la utilidad de las discusiones de Foucault (1999) sobre las instituciones como heterotopías. Él plantea que los espacios heterotópicos tienen el poder de yuxtaponer en un sólo lugar real varios espacios incompatibles entre sí, al contrario de las utopías que no tienen como referente a un lugar real. Las heterotopías crean órdenes que, sin embargo, aparecen como desorden y caos. Esta es, precisamente, una de las claves de las experiencias carcelarias.

Siguiendo a Bourgois, "lo peor de la experiencia prisionera no son los guardias, o el hacinamiento físico, la deficiente calidad de la comida", ni tampoco el racismo y la corrupción institucionalizados (1998: 63-4). El infierno no está dado en lo que consideramos objetiva-

20 Sobre el peso relativo de los delitos por narcotráfico para la sobrepoblación del sistema carcelario en Ecuador, y un análisis detallado de sus implicaciones, v. Núñez, 2006; bajo un enfoque sobre mujeres y su peso relativo, v. Pontón y Torres, op cit. Al momento de escribir estas líneas, Enero de 2008, el gobierno propuso un indulto generalizado para quienes se encuentran encarcelados por acusaciones de actuar como "mulas" con la finalidad de descongestionar el sistema carcelario. Esta es la primera ocasión en el país que se plantean este tipo de políticas, las mismas que han sido consideradas en países europeos, por ejemplo, por lo menos desde los tempranos noventas. La propuesta, sin embargo, ha encontrado resistencias y su futuro todavía no es claro.

mente como la cárcel en tanto institución opresiva, advierte. Su trabajo sugiere que el infierno no está en la disciplina panóptica ni en el control institucional per se —razón suficiente para un análisis del tipo del interaccionismo simbólico fijado en ver a las instituciones como aparatos que imponen ciertas presiones y rituales— puesto que ello tiende a obliterar el hecho de que la alienación individual no reposa de manera simplista en las manos de un guardia ni en las paredes de una cárcel. El terror, argumenta, está en otra parte. Dicho de otra manera, el sistema panóptico explica solamente las dimensiones superficiales del orden de las cosas. Más allá de Foucault, esto es más allá de la cárcel como resultado del cluster poder/conocimiento están los otros presos. Ellos son, en otras palabras, quienes guardan las llaves del infierno. Son los confinados quienes, literalmente como enseña la cita etnográfica que adjunto, echan fuego para encender la hoguera de la violencia.²¹

Recuerdo, claramente, una imagen relatada por mi principal informante en una investigación sobre tráfico.²² Recién ingresado a la mayor institución penitenciaria en Quito, el Penal García Moreno, en la noche de su recibimiento, cuando estaba a punto de ser asalta-

do, y probablemente violado, por una pandilla a manera de bienvenida en la oscuridad de su celda, uno de los asaltantes prende un fósforo y reconoce al traficante de andanzas anteriores. Es solamente la fama de “duro” (derivada del exitoso performance público de una masculinidad violenta, fama que previamente había adquirido el traficante en las calles) la que lo salva de la situación, es solamente su maestría en el lenguaje y las prácticas delincuenciales, las que habían incluido asesinatos, la que lo deja dormir en paz ocasionalmente, hasta cuando él mismo quiere hacer justicia de pedófilos, violadores y pandilleros enemigos, lo cual ocurre desde el día siguiente a este episodio cuando se dedica a la tarea de reclutar su propia banda para imponer justicia y respeto, una vez que ha pedido voluntariamente ser cambiado a la sección más peligrosa de la institución penitenciaria:

Broncas ahí, en la cárcel mismo, broncas de todo, toda naturaleza, no?. Yo tenía mis amigos, no?. Pero adentro, hermano, amigos... dicen ser tus amigos pero cuando tú tienes [drogas o algún otro bien de intercambio], cuando no tienes pues... y estás en un problema, tú sabrás como te defiendes, no?. Así es. Así que yo me hice una platina. Se acostumbra ahí adentro, las

21 Lejos de reconfirmar los estereotipos sobre la delincuencia y la marginalidad, el argumento pone en el centro del análisis las formas de discriminación institucionalizadas, el poder de los discursos hegemónicos bio-médicos para justificar las conductas violentas al interior de determinadas poblaciones, y la complejidad de los niveles macro estructurales que dan forma a sus prácticas cotidianas.

22 Este testimonio corresponde a una historia de vida levantada entre 1987 y 1988 como parte de una investigación más amplia sobre comercialización de drogas en pequeña escala, parcialmente realizada en Quito. La misma fue revisitada años después a la luz de la antropología reflexiva, esto es explicando el proceso dialógico que tuvo lugar en el trabajo de campo como parte del intercambio —el levantamiento de datos, la interacción social y la relación de amistad— con el informante (v. Andrade, 1993).

camas literas que son de fierro, se desbarata la cama, el cuadro de la cama, se va al taller, se le corta y se saca una platina, un ángulo prácticamente. Entonces, ese ángulo se le afila, se le amarra unos trapos en el cabo y se le afila la punta, sobre todo, y... y tienes un machete. Entonces eso lo guardas en el... es como en el cuartel, prácticamente. El fusil es tu mamita, dicen. Ahí adentro es así: la platina es tu mamita. Yo tenía mi buena platina y... por si acaso, no? [...]

Cuando me pasaron al Penal, yo sentía morirme, o qué sé yo, puta, no puedo explicarlo, qué, qué es lo que sentía? Parecía que era el... el fin de mi vida, ya, no? El fin del mundo, prefería el fin del mundo que esa vaina. En todo caso, sentí que el cerrojo de mi puerta... estábamos tres [recluidos en una celda], los dos muchachos que estaban conmigo ni agua, ni pescado. Al uno le decían Caballito. Cuando sentí que blum!, me abrían el cerrojo: Tsss tsss. [alguien dijo] "Aquí les vamos a cagar a estos hijueputas". En eso, yo me arrinconé hacia la pared, saqué mi platina y dije: "Dios mío, ayúdame, no?. Suerte o muerte, o doy o me dan". Cuando en eso, paj, abren la puerta y rasgan un fósforo, no?. "Ah, hijueputa", que no sé que, lo cogen a uno, lo encañonan, al otro lo cogen, también, cuando paj. "Cómo es la cosa -le digo- compadre conmigo?, qué chucha quieren?". Ese día justo, en el CDP [Centro de Detención Provisional], era día de visita. Había ido un amigo y me deja como una media onza

de marihuana. No había habido [marihuana en la cárcel] esos días, no?. Entonces la gente andaba loca. Qué pasa? de que dos muchachos, habían estado dos muchachos que vivían conmigo abajo: Balseca y Coralito. Dos muchachos que estaban por muerte, estaban parados siempre. Entonces [uno de ellos] me queda viendo y me dice: "Viejo R., usted es!? salga de aquí, qué va a estar haciendo aquí, vamos a mi celda". Me dieron posada esa noche en la celda, con luz, bien arregladito, pintadito, todo bien. Me jalaron, a los dos otros muchachos se los bajaron y los dejaron ahí. A mí me jalaron, me llevaron allá y todo bien esa noche. "Tiene alguna cosita? [droga]". "Simón, hermano!" "Qué chévere!" (Historia de Vida, en Andrade 1993: 63)

En palabras de Bourgois, "son las propias víctimas del sistema represivo las más efectivas administradoras y agentes de la violencia y el terror. Ellos son quienes refuerzan y ejecutan las dimensiones más bárbaras de su propia tortura. Esta es una dimensión mal entendida pero crucial para entender la opresión. Si la ignoras por ser políticamente correcto/a, para no contribuir a la reproducción de estereotipos racistas, de género, y de clase, te niegas a confrontar una de las premisas fundamentales de la experiencia de la opresión".²³ Y esto es tan válido para las economías ilegales como un todo, como lo es para mis propias reflexiones sobre las agresiones interpandilleras que tienen lugar al interior del barrio (que es, dicho sea

23 Esta es una traducción mía que sintetiza algunos de los argumentos centrales de este autor al discutir sus experiencias en el Harlem Latino (para citar con exactitud, v. Bourgois, 1998a: 63-64).

de paso, la forma más extendida de violencia pandillera). Esto es la "circularidad de la violencia" en el caso pandillero, que alude a la práctica más recurrente entre tales formaciones sociales: la aniquilación o intimidación ejercitada sobre otros pandilleros de estratos populares y el ejercicio de una violencia sistemática y cotidiana sobre los mismos sectores poblacionales deprivados.²⁴

Por supuesto, la racionalidad de estos procesos no está en las condiciones innatas de los individuos como alegan los discursos del poder sino en las condiciones de exclusión social que hacen emerger al narcotráfico como una alternativa económica real. El problema radica en la economía política, en los procesos históricos y las relaciones sociales que promueven el ingreso de masas poblacionales a un negocio peligroso, como lo es el narcotráfico, y en las aspiraciones y estrategias que definen relaciones de poder y jerarquías de honor y respeto en estas comunidades. Las cuestiones de "estilo", por lo tanto, deben ser recontextualizadas en función de demandas y presiones sociales. El performance público de una masculinidad violenta, si bien guarda una depurada dimensión estética, apunta a la reconstitución de imágenes de un

poder patriarcal que le ha sido negado a estas formaciones sociales por condiciones de clase social y raciales. La citación de la norma del poder de género del capitalismo, deviene en la profusión de recursos productivos violentos (lenguaje, destrezas y disciplinamientos guerreros, lealtades delincuenciales, y economías morales diversas) en un proceso inacabado que implica la circulación interna de las prácticas de la violencia (v. Butler, op. cit.).

Volviendo a Foucault, vía Philippe Bourgois, ¿cuál sería la clave de su aporte al estudio de las prisiones? Que las prisiones no fueron creadas para eliminar la conducta criminal. Si éste hubiera sido el caso hace rato habrían debido desaparecer puesto que, al contrario, producen un constante retorno y la creación de nuevas formas de criminalidad, muchas veces más organizadas. ¿Para qué sirven, entonces? Las prisiones sirven para distinguir, dividir, y distribuir las ilegalidades. ¿Para qué clasificarlas? Para hacerlas manejables, para controlar el cuerpo social, para invisibilizar los dramas poblacionales —y, adicionalmente, en el caso ecuatoriano, para sostener la industria macro del narcotráfico, la corrupción sistemática del sistema de control y de justicia, el lavado de dinero a gran escala, la

24 Dicha noción la desarrollé inicialmente en mi trabajo entre pandilleros en el Guayaquil de los ochentas, al tiempo que desconocía formulaciones cercanas elaboradas por Bourgois y Caldeira (2007), entre otros. La profundidad y lo dramático de dicha violencia, sin embargo, debe ser cualificada para el caso ecuatoriano puesto que no se ha atestiguado una epidemia de drogas ni la paramilitarización de estos sectores poblacionales de la dimensión atestiguada en Estados Unidos o Brasil, por ejemplo, así como no se ha establecido una relación orgánica entre formaciones pandilleras y narcotráfico. Adicionalmente, la confluencia entre las variables de clase y raza en otros contextos, aunque evidente, resta por ser estudiada para el caso ecuatoriano para explicar a cabalidad fenómenos de discriminación que facilitan el ingreso de ciertas poblaciones a la economía de las drogas.

imagen pública de la efectividad de la lucha contra las drogas, entre otros fines.

Estas preguntas me llevan a plantear las discusiones sobre poder/conocimiento al plano de una conexión política e intelectual. De lo contrario, como advierte Bourgois, nos quedamos en discusiones abstractas mientras cientos de gentes se matan al interior de las prisiones, y en las calles. Lo cual me lleva al siguiente punto: ¿es posible entender el sistema carcelario fuera de otras formas de poder/conocimiento que operan en la criminalización de las drogas? ¿Cómo inciden otras instancias tales como la jurídica y la de rehabilitación en la reproducción de un sistema de marginalización institucionalizado? ¿Qué tienen que ver con estas dimensiones la ambigüedad de una ley que deja en las manos de una policía históricamente corrupta la decisión sobre el futuro de consumidores atrapados con dosis mínimas que en teoría son tolerables? ¿Son estos unos informantes claves para el estudio de los efectos sociológicos del aumento de penas? ¿Cómo aprovechan los intersticios, las ambigüedades de esta doble moral entre la criminalización y la drogadicción-como-enfermedad que forman el nudo dramático de quienes son atrapados tanto policial cuanto médicamente?.

Red

El terreno común que pisan tanto traficantes cuanto consumidores es el de la "normatización de la contravención" (Henman, s.f., 1996). Es decir, la droga es el elemento de un intercambio mercantil que, a su vez, por ser ilegal,

involucra una dinámica de normalización de lo prohibido. Este proceso puede tomar muchas formas, desde caras públicas tales como el activismo de los derechos del consumidor y por la legalización de las sustancias psicoactivas hasta mecanismos y prácticas legitimantes de sus bondades y el exceso en las sombras de su consumo y su tráfico.

El interaccionismo simbólico, a la Erving Goffman, ha insistido en aproximarse al mundo de las drogas en términos de los rituales trabados alrededor del consumo. El ensayo pionero de Howard Becker (1963), "Convirtiéndose en un fumador de marihuana", por ejemplo, enseña que el desarrollar una autoconciencia respecto de los efectos de las drogas es el resultado no del acto de consumo per se, sino del aprendizaje de una serie de prácticas y códigos tendientes al reconocimiento de un estado alterado por parte del usuario. Uno se hace fumador de marihuana —o de cualquier otra sustancia psicoactiva, por extensión— una vez que reconoce la experiencia del vuelo, ese reconocimiento es socialmente construido, y esa construcción social se realiza mediante las prácticas de interacción en redes sociales dadas. El desplazamiento del enfoque: de la simplista determinación química y la teleología que la acompaña hacia las dinámicas de socialización entre colectivos de usuarios, es un aporte significativo que, ciertamente, dio lugar, posteriormente, a una mayor atención a las condiciones macro estructurales y a los contextos sociales en donde las unidades de análisis se hallan inscritas, superando con ello el entrapamiento etnográfico de la perspectiva integracionista, centrada en

dilucidar el consumo en sus propios términos.

Como buena parte de la teoría antropológica sobre el ritual, sin embargo, el énfasis analítico de este tipo de perspectiva se da en relación al orden y el esclarecimiento de pautas más o menos definidas de comportamiento en el mundo de las drogas. Dicho énfasis, sin embargo, puede tener influencias contradictorias en la interpretación de un fenómeno que, por incluir dinámicas excesivas como parte inherente a las prácticas cotidianas, tiende a caracterizarse por la introducción reiterada de elementos azarosos y contradictorios, cuando no caóticos.²⁵ El afán de los consumidores por poner orden a su propia contravención para simultáneamente dar cuenta del caos, por lo tanto, se caracteriza por el establecimiento reiterado de normas que reproducen pero también reinterpretan, cuando no subvierten, la ideología antidrogas a la que se ven sometidos socialmente. Al con-

trario de trabajos que dan cuenta de relaciones planas y mecánicas entre sujetos, procesos sociales, y drogas, típicamente manejadas mediante abstracciones y sugerencias de asociaciones y hasta relaciones causales entre términos tales como “droga” y “violencia”, la exploración sofisticada de narrativas sobre las drogas es una preocupación elaborada en ciertas formaciones sociales que da cuenta de la multiplicidad de dinámicas en juego. Si bien, por ejemplo para el caso ecuatoriano, el trabajo de Cerbino (2004) tiene la intención explícita de superar los prejuicios mediáticos sobre las formaciones juveniles pandilleras, operaciones ideológicas de este tipo impregnan su tratamiento del tema drogas, haciéndolo ilustrativo de la problemática planteada al mencionarlas generalmente en abstracto e implicando, muchas veces, una conexión directa entre estas formaciones sociales y prácticas violentas mediadas por el uso de aquellas.²⁶

25 Un diario etnográfico de consumo —mantenido por uno de mis informantes en la investigación sobre heroína inhalable en Nueva York— por ejemplo, refleja las contradicciones entre un modelo de consumo explicitado oralmente en las entrevistas, y, la práctica de consumo del mismo informante registrada textualmente. Este tipo de contradicciones, que dependen de muchos factores de índole personal y social, se encuentran en otros diarios de usuarios a los que he tenido acceso como parte de mis investigaciones sobre drogas. Existe una tensión clara entre diferentes ritmos e intencionalidades, por ejemplo, que afectan directamente a la definición de un modelo simplista que pueda tipificarlo. Son precisamente tales sutilezas las que hacen de las campañas de salud pública poco eficientes al desconocer la coexistencia de formas de consumo dentro de una misma red de consumidores y como parte de la propia carrera de un usuario, así como obstaculizan ver las formas de recuperación espontánea desarrolladas dentro de las comunidades de usuarios (v. Frankenberg, op.cit).

26 Significativamente, el glosario del trabajo en referencia, que contiene términos *emic* atribuidos a las pandillas, agrupa bajo “grifa” a diversos e inclusive opuestos tipos de droga, incluyendo a sustancias tales como la base de cocaína (2004: 101), mientras que el mismo es usado ampliamente en todas las comunidades de usuarios a las que he tenido acceso en Ecuador desde los ochentas como sinónimo histórico, específico y particular a la marihuana. En dicho glosario, hay una sola entrada adicional relativa al tema: “dope” como un término que, según el mismo, designaría “a una porción de droga” [sic]. Históricamente, el término fue aplicado en la década de 1880 para referirse a la Coca-Cola cuando esta bebida fuera inicialmente comercializada en Estados Unidos como un tónico cerebral, “ideal para

La amplitud y la riqueza del vocabulario de las drogas ilícitas y la inversión simbólica que hacen sus practicantes en ella han sido ampliamente ilustradas en la literatura académica sobre psicoactivos (v. por ejemplo, los distintos trabajos de Henman, 1996, para los hongos alucinógenos en el País de Gales; con Pessoa, 1986, para la marihuana en Brasil; 1986, para el ayahuasca en el contexto urbano de Belho Horizonte; 2006, para ypadu, una forma de ingesta de la hoja de coca, y, 2007, para la reinención de tradiciones sobre el cactus San Pedro en Lima). Apartado de drogas de uso tradicionalmente afinado en las sociedades nativas, pero a la vez informado por estos debates, he estudiado temáticas afines en el caso del consumo de pasta básica de cocaína

entre una red de consumidores de clase media en Guayaquil a través de la observación etnográfica y entrevistas a profundidad con alguien quien, siendo parte de diferentes redes sociales, es reconocido por ellas como una autoridad en la producción de discursos tendientes a la glorificación de la contravención vinculada al consumo de substancias ilícitas.

En el sentido común, entre los saberes compartidos, de los usuarios de drogas ilícitas, la pasta básica –sulfato, base, polvo, o “queso”– guarda un menor status que la cocaína inhalable dado su contenido alcaloide de menor pureza respecto de la segunda.²⁷ En la práctica dicho status es negociado de acuerdo a convenciones definidas al interior de las propias redes de consu-

verano e invierno”, con adicionales beneficios médicos, conteniendo, de hecho, cocaína y caféina como dos de sus principales componentes activos (Glenn, 2007: 38). “Dope” es, ahora, una noción aplicada específicamente para tipologizar a la heroína en Estados Unidos (Bourgeois, 1998b: 2347). No obstante, tiene un uso también genérico más amplio —como las comunidades de hip-hop lo evidencian en su traslación global— para referirse a la droga en abstracto entre diferentes formaciones sociales. No obstante, desconozco de información etnográfica alguna según la cual “dope” funcione como sinónimo de unidad de medida. Este tipo de inconsistencias dan cuenta de un acercamiento problemático al fenómeno que, a su vez, facilita operaciones ideológicas especialmente en torno a la relación entre drogas y violencia. El papel de las drogas ilícitas en la producción de conflictos debe mantenerse como una pregunta abierta a la investigación antes que ser tomada como un dato (v. Andrade, 1994).

- 27 La referencia a la obra clásica de Henman (1981), *Mama Coca*, el primer trabajo etnobotánico y antropológico sobre la hoja de coca de gran calibre, y, su posterior transformación en el complejo coca-cocaína (Henman 1990), sirven para brindar una lectura histórica y no dicotómica, ni tampoco moralista, sobre el fenómeno contemporáneo de la cocaína. Estas lecturas, y la ya citada de Taussig, proveen los elementos básicos para entender la trágica historia de la conversión de cultivos tradicionales en un imperio ilícito, así como las perversiones, como la violencia étnica y la paramilitarización, auspiciadas por las políticas prohibicionistas (Taussig, op cit: 149-158). Una tipificación para lectores no familiarizados con el tema de la cocaína procede: “La pasta básica ... es un producto intermedio en la fabricación de la cocaína a partir de las hojas de coca... un preparado semisólido que contiene cocaína, ácido benzoico, ácido sulfúrico, hidrocarburo y a veces polvo de ladrillo. [...] El free base o crack se obtiene adicionando una base al clorhidrato de cocaína mezclado con éter...” (Abadie, 2003: 54). Mientras que ambos productos son fumables —y el segundo con frecuencia es confundido localmente como el sinónimo de “coca tirada para atrás”— el clorhidrato de cocaína es la sustancia terminal, inhalable y, aunque no en Ecuador, también potencialmente de uso intravenoso.

midores. Mientras el clorhidrato de cocaína, como en muchas otras partes del mundo, se halla asociada a usuarios de un cierto estrato económico y profesional, la base ha sido vista como un subproducto al cual le corresponden naturalmente las subclases.²⁸ Parte inherente a este estereotipo es que, asimismo, el modelo de consumo asociado a la base es visto como compulsivo por excelencia a diferencia de otras sustancias, siendo las más familiares para los ecuatorianos el alcohol y el tabaco, siendo que ambas ilustran, al igual que la propia base, una amplia variedad de usos que escapan a la mera singularización que se hace de una u otra droga.²⁹ Parte importante de las implicaciones de la asociación que se

hace entre dicha sustancia y lo compulsivo de su consumo es el presuntamente limitado mundo referencial (lingüístico y de formas prácticas) que rodea al mismo. El caso que expongo a continuación da cuenta de caras alternativas de este fenómeno, contrarias a la fácil asociación que se hace entre base, usuarios de clase baja, un modelo compulsivo de consumo, la precariedad del vocabulario asociado a esta práctica, y la poca sofisticación en las prácticas de consumo.

Para su eficaz operación, la ideología sobre las drogas requiere de la criminalización de los usuarios. Mirando retrospectivamente, sin embargo, son aquellos de los estratos populares y, como en el caso de los Estados Unidos,

-
- 28 La experiencia de las clases medias y altas es, comparativamente, poco explorada en los estudios sobre drogas, sin ser ésta una desviación particular sino más bien una tradición en el campo más amplio de la antropología y la sociología con su énfasis en sectores populares, indígenas y campesinos. Para una discusión sobre este vacío en el tema drogas, es interesante el trabajo de Granfield y Cloud que trata específicamente de usuarios de clase media en Estados Unidos (1996). Mi propia etnografía entre consumidores de heroína en Nueva York incluyó predominantemente a usuarios de clase media y alta (Andrade et al. 1999).
- 29 Henman (s.f.) habla del "bloqueo de representaciones" entre la sociedad standard y los consumidores para explicar la simplificación que se hace de dinámicas de consumo muy complejas como son las características a todas las sustancias ilícitas. Tal bloqueo, que es repensado por Henman para criticar el discurso prohibicionista como políticas de Estado, deriva de condiciones de poder desiguales: mientras que la sociedad de afuera sólo se escucha a sí misma, los usuarios de sustancias ilegales se hallan obligados a escucharla mientras producen sus propias representaciones sobre las diversas prácticas de consumo. Si bien esto es válido en términos del poder de la ideología antidrogas para permear el discurso de los usuarios, es claro también que en el caso del propio alcohol, una droga legal, las posibilidades interpretativas del exceso y el riesgo son múltiples (v. Mitchell, op cit.). El vínculo entre el uso de alcohol, por ejemplo, e identidad masculina ha sido bien documentado en el caso mexicano, asociando, muchas veces, a los casos problemáticos de consumo hacia formas también problemáticas y violentas para la construcción de una identidad como hombre (v. Brandes, 2003). Al mismo tiempo, las fronteras entre consumos legales e ilegales es flexible si bien el estigma permanece dedicado generalmente solamente para las últimas entre los propios usuarios, los mismos que, además, establecen categorías para jerarquizar el poder adictivo de las sustancias, trasladando los estigmas hacia aquellas que son vistas como potencialmente más problemáticas. Utilizando la idea de Henman, el bloqueo de representaciones tiene varios niveles de realización, uno macro, el de la esfera pública, y otro micro, al interior de comunidades de consumidores de drogas legales e ilícitas, y, como la mayoría de estas últimas, mixtas.

de grupos étnicos subordinados quienes han sido sometidos a las consecuencias más represivas de las políticas prohibicionistas. Así como los usuarios están obligados a cotejar sus prácticas con las imágenes despectivas sobre las mismas que copan la esfera pública, la estigmatización también es reproducida al interior de las propias comunidades de consumidores. Tales procesos, sin embargo, pueden ser respondidos por ciertas comunidades de usuarios mediante el desarrollo de estrategias de consumo y discursos elaborados que dan cuenta del grado de sofisticación de recursos tales como la ironía y la parodia con la que, algunas comunidades, contestan a la ideología dominante.

Los mercados de la cocaína y sus derivados en Guayaquil han tenido una interesante evolución. Con más de 8.000 kilos incautados en este puerto durante 2002, el clorhidrato de cocaína

sigue siendo el principal rubro de las economías ilícitas. Con aproximadamente 150 kilos, la base se sitúa muy por debajo, de hecho casi al mismo nivel que la heroína, esta última una sustancia que, aunque no lo he constatado directamente, vía rumores se dice que es eventualmente asequible en ciertos de los mercados paralelos que sirven a los usuarios como destino turístico.³⁰ Heroína y ecstacy son sustancias que se integraron marginalmente al mercado durante la década pasada. Por el contrario, la cocaína, en sus distintas formas, constituye un mercado estable desde por lo menos los setentas. El mercado de este alcaloide, sin embargo, ha visto también innovaciones tales como la creciente tendencia a transformar al clorhidrato de cocaína —una sustancia destinada originalmente a su consumo inhalable— en material fumable lo cual complejiza la lectura de los datos netos de incautación.³¹ Parecida a la forma

30 Estas cifras, que parecieran insignificantes tomadas aisladamente, son oficiales para el año 2002 (El Comercio, Febrero de 2002, p. A6). Habría, sin embargo, que contextualizarlas en tendencias más amplias del mercado de la cocaína, de acuerdo a cifras del Departamento de Estado norteamericano: "El total anual de incautación de cocaína desde mediados de los 90 oscila entre 1,72 toneladas métricas en 2000 a 10,83 toneladas métricas en 2001, con un promedio anual de 6,78 toneladas métricas entre 1994 y 2003." (Rivera Vélez 2005: 291). Lamentablemente, tales cifras no se hallan desagregadas más finamente en tipos de cocaína.

31 Las cifras de interdicción son, de todas maneras, solamente un parámetro vago para sopesar la expansión de ciertas sustancias en los mercados locales. De hecho, conversaciones con diversos actores y entre distintas comunidades de consumidores tanto en Quito como en Guayaquil y algunas ciudades menores, aluden a la democratización del consumo de sulfato como un signo de los mercados ilícitos desde la década pasada. Trágicamente, reportes eventuales sobre uso problemático de esta sustancia, asociado inclusive con suicidios, dan cuenta del lado más oscuro de la adicción a la misma. Entre un grupo de consumidores al cual he tenido acceso en Quito desde los tempranos ochentas, por ejemplo, las sesiones de fumado de base ha pasado a constituir una de sus prácticas centrales mientras que ellas estuvieron mayormente ausentes hasta los tempranos noventas, si bien el consumo de clorhidrato de cocaína y alcohol continúan siendo estables. En conversaciones con usuarios de distintas redes sociales, es evidente para ellos que la base ha pasado a ser el principal problema de salud pública asociado a sustancias ilícitas en Ecuador, no obstante, desconozco campañas de prevención orientadas específicamente a lidiar con ello. Estas últimas se mantienen en el mismo nivel de abstracción y punición que ha caracterizado históricamente su discurso.

de ingestión y procesamiento del crack, y en parte una respuesta a una percibida caída en la calidad de la cocaína disponible en los mercados locales, los usuarios hablan de “devolver” o “tirar para atrás” la cocaína hacia un estado más puro mediante una reacción química establecida con la ayuda de bicarbonato de sodio y agua que se la consume fumando como si de base se tratara. En la medida en que su combustión es inmediata, la experiencia de consumo y el efecto logrados son efímeros, promoviendo la procura más o menos acelerada de otra ingesta para mantener el estado de excitación y estímulo provocado por el sulfato. Debido a la rápida absorción de la sustancia, dicho efecto es cercanamente definido por los propios usuarios como de ansiedad.³²

La mayoría de los usuarios, sin embargo, son conscientes de la potencialidad adictiva de esta mezcla y su forma compulsiva de consumo, prefiriendo desarrollar alternativas para mantener al uso de las sustancias bajo relativo control, reduciendo el ritmo y la experiencia de la ingesta. Este tipo de estrategias son las que en la literatura sobre drogas se han conceptualizado como “controles sociales informales” (Zinberg, 1986), siendo éste un concepto central para entender el manejo de las sustancias en perspectiva intercultural puesto que pone al contexto del

consumo como un eje del análisis, el mismo que, sin embargo, se halla, completamente ausente de las campañas de salud pública. En la base de esta noción se halla la idea de que los usuarios de drogas ilícitas tienen una agencia frente a su consumo derivada del profundo conocimiento de las experiencias adquiridas y la observación de los casos problemáticos. Una de las preferidas en el círculo al que he tenido acceso es la del “maduro con queso”³³. Esta mezcla fumable, compuesta por marihuana y base, compite entre gente de estos estratos con la forma más extendida, la de “pistola”, compuesta por tabaco y base, la misma que invoca rutinas caracterizadas por efectos descritos como de mayor ansiedad y frecuencia, y un mayor volumen de consumo por sesión. En palabras de una informante: “Un lado corre y el otro aguanta. El maduro con queso es verde y blanco, plato nacional, nuestro, y así también es la mezcla ideal entre lo natural (la hierba) y lo químico (la base). La hierba controla la tendencia acelerante y la angustia ocasionada por la base, y, por lo tanto, disminuye el impulso a continuar fumando por toda una noche. También la base como es un estimulante balancea el efecto adormilante que puede tener la hierba”. De hecho, ciertos de los consumidores de esta red social establecen una jerarquía, trasladando el

32 Uno de mis informantes me explica que el proceso depende “del toque del chef, el mío es de una quinta parte de bicarbonato disuelto en agua, para obtener entre el 70 y el 80% de la cantidad de [clorhidrato de] cocaína invertida.”

33 “Maduro”, en Ecuador, denomina a un tipo de plátano de sabor dulce, y, en este contexto, describe a la marihuana por asociación entre sustancias del orden vegetal. “Queso” alude al color blanquecino de la base, el mismo que, sin embargo, a veces puede adquirir tonos rosáceos.

estigma hacia el consumo de "pistolas", específicamente, dado su potencial problemático en términos de adicción.

El atractivo del "maduro con queso" radica tanto en el sentido de equilibrio entre los efectos esperados de cada sustancia cuanto en el aroma que desprende, visto como típico de la base. Al referirse a lo seductivo de un olor chichoso y edulcorado, otra informante señala que "el madurito es una exquisitez, por eso no hay que desperdiciarla". Ella se refiere concretamente a una técnica desarrollada pocos años atrás destinada a retardar o prolongar, depende de como se la mire, los efectos de la combustión de la base. Dicha técnica es denominada, de manera nuevamente irónica, "reciclaje". Esta consiste en optimizar las sustancias al compartir una misma dosis entre dos fumadores bajo la siguiente modalidad: la persona que ha succionado de una pipa primero, retiene el humo al máximo y luego lo exhala directamente al interior de la boca de una segunda persona. Al juntar los labios, el humo circula directamente en la boca del repositario quien, a su vez, continúa el proceso de succión, retención y, finalmente, expiración del remanente.

Los usuarios han desarrollado los saberes necesarios para experimentar de

la mejor manera posible el acto de fumar. Recordando el trabajo clásico de Howard Becker (op. cit.) sobre fumadores de marihuana en el Chicago de los cincuentas y sesentas, los usuarios no se convierten automáticamente en adictos ni en conocedores. Solamente logran un status reconocido y, a su vez, experimentan un vuelo apropiadamente, cuando, primero, han acumulado el conocimiento necesario para obtener placer con una sustancia dada, y, segundo, han logrado reconocer por sí mismos algunos de los estadios cognitivos promovidos por los efectos químicos de tal sustancia. En el caso guayaquileño, tales procesos de aprendizaje incluyen una poética sofisticada que resulta clave en un proyecto para añadir valor social a las prácticas de consumo y, así, devolver un sentido de orgullo a los practicantes de actividades sancionadas negativamente, y, de hecho, como en el caso específico de la base, estigmatizadas hasta por los discursos contruidos por las propias comunidades de usuarios.

Maestría³⁴

Reconocido por el grupo como un maestro en las artes del fumado, un informante, alguien particularmente conciente del lado humorístico e iróni-

34 Una nota metodológica es necesaria en este punto. El carácter inestable del proceso de investigación que concierne al levantamiento de datos contruidos por el informante que aquí denomino, para proteger su identidad, Maestro, deviene del hecho de que fue, primero, mi inserción en la red social a la que hago referencia anteriormente, sin que mediara un interés antropológico, la que me hizo conocer al personaje en ciernes. En sentido estricto, esta es todavía una etnografía abierta, no concluida ni tampoco exhaustivamente sistematizada debido a la volatilidad del informante clave, y a la naturaleza espontánea de nuestro mutuo acercamiento. De hecho, en determinados momentos, la relación se puede tornar, muy a mi pesar, hasta tirante por la incomprensión de las implicaciones éticas del trabajo etnográfico, lo cual ha explicado periodos de alejamiento mutuo. Uno de ellos se dio precisamente por mi compromiso por mantener el anonimato del informante a pesar de que él deseaba que usara

co del consumo de "baserola", señala que el "reciclaje" tiene, además, un incentivo para los hombres, puesto que se trata de "saber quién besa bien y quién no, quién tiene potencial y quién no". He visto reciclar maduros entre una mujer y un hombre y también entre dos mujeres. "Los hombres no lo hacen entre ellos porque son homofóbicos, pues", me dice una de ellas. El lado erótico del consumo de base puede emerger, por lo tanto, al momento del reciclaje. De mis observaciones se desprende que los fumadores intentan añadir

otras capas de placer a los sentidos del gusto y del olfato, por ello al reciclar se procesa no solamente humo sino también eventualmente fluidos, involucrando, por extensión, al tacto mediante la proximidad de labios y lengua. "Todo empieza por el gusto, —añade una usuaria— pero el humo, así, se hace más aromático". Esta tradición emergió originalmente del consumo de "pistolas" en años pasados, y de la necesidad de los usuarios por optimizar el humo inhalado al máximo.³⁵

El "reciclaje" y los "maduros" son

uno de sus tres pseudónimos (tiene "uno para los negocios, otro para los amigos, y otro para la justicia"). Que fuera el apodo que él dice reservarlo para sus encuentros con el aparato legal o represivo el que le habría gustado que yo utilizara para referirme en mis escritos, dice mucho de la inestabilidad y las suspicacias en las que ambos hemos debido movernos. Al mismo tiempo, su urgencia por dar a conocer sus conocimientos y el interés demostrado por mí persona en cuanto antropólogo han facilitado determinados intercambios. Es importante tener en cuenta estos condicionamientos para entender situaciones etnográficas que distan del ideal armónico de los manuales metodológicos. Igualmente, la mediación de una relación de amistad no significa necesariamente un acceso más fluido a los datos puesto que pueden emerger relaciones de poder que afectan ambos planos, el meramente social y el etnográfico, cuyas fronteras al tornarse indeterminadas se tornan problemáticas, especialmente considerando la igualdad de condiciones de clase, al contrario de la mayoría de situaciones etnográficas en las que me he visto envuelto (para una discusión amplia del impacto de relaciones diferenciales de clase social en el proceso etnográfico, v. Andrade, 1993). Varios de los trabajos de Bourgois aquí citados dan cuenta de la potencialmente explosiva relación que se establece particularmente en el trabajo de campo entre las economías ilícitas, una condición aplicable al estudio de fenómenos de violencia en general (v. Scheper-Hughes, 1992). De naturaleza completamente diferente a la violencia enfrentada por este antropólogo entre comunidades de traficantes de crack y campamentos de vagabundos heroínómanos, la tensión y el conflicto entre pares sociales se experimenta de forma diferente, aunque no por ello excluye la efervescencia de la violencia. Mi decisión al poner las dos cosas en la balanza (amistad vs. etnografía) ha sido de inclinarme por la primera, a la postre tomando responsabilidad por la fragmentariedad de los datos hasta ahora recabados, y aquí expuestos por valorar el legado que, día a día, hace el Maestro al reinventar un tradición de consumo ilícito. El proceso de entendimiento del mundo de la base vía las producciones culturales del Maestro, sin embargo, como la amistad misma continúan, yo supongo, hasta la próxima parada. Esta viñeta es, en tal perspectiva, solamente la primera en lo que espero sea, algún día, un estudio de caso suficientemente contextualizado y con la profundidad que el Maestro, estoy segura, merece.

- 35 La práctica descrita, sin embargo, no la he encontrado en otras formaciones sociales en buena parte, intuyo, por consideraciones homofóbicas. De hecho, después de cuatro años de visitas intermitentes al grupo de referencia, el reciclaje parece haber pasado al desuso en la propia comunidad estudiada. La explicación más cercana para este hecho es la ausencia de su principal promotor, el Maestro, lo cual subraya el papel central de este personaje en la invención y mantención de diferentes tradiciones sobre la base. De otra manera, su legado sigue constantemente citado como parte de la memoria oral de esta red informal cuyas drogas de uso reiterado son, en este orden, cerveza y licores, marihuana, y base. El uso de clorhidrato de cocaína es marginal por no decir inexistente.

solamente una muestra entre una decena de técnicas de administración puestas en práctica al interior de esta comunidad, la misma que es definida por el informante maestro como "el grupo G.A.F. o el grupo antifiltro, porque nos gusta el festival de la chicharra, matar a la chicharra", esto es maximizar la experiencia hasta el consumo del fragmento mínimo del cigarrillo cargado. La chicharra es la última porción del tabaco roleadado y un reservorio eventual de los recursos finales a consumirse en una noche de sesión. La chicharra "es proteínica", añade para dar cuenta del contenido saturado resultante de la disolución de una forma de aceite-residuo de la base como resultado de la vaporización ocasionada por el calor del encendido. Una tipología de las posibilidades y la creatividad de la ingesta incluye las siguientes: la "piragua", tabaco desarmado y mezclado con base, armado en base a la técnica del roleadado; la "pistola", tabaco y base taconeados gradualmente en un cigarrillo; "chimbumbo", técnica nacida en la penitenciaría local, que consiste en "tabaco, grifa y queso roleados"; el "cibernoy", que es como

un chimbumbo pero con cocaína tirada para atrás; y, entre otros, el "guinguirringo" (nomenclatura local para el juego infantil del sube y baja) que requiere del uso de una pipa y consiste de marihuana, ceniza de tabaco, y cocaína tirada para atrás.³⁶

El principal depositario de estos saberes es a su vez identificado como un usuario "pesado" comparativamente con el resto, y, celebrado como alguien magistral por el grado de humor, ironía y creatividad con el que se toma su propio estatus. El Maestro hace del parafraseo del ethos capitalista y de la parodia de la norma y de la moda, su propia marca. Autodefiniéndose como "un deportista de elite, que no compite por el [examen] antidoping", sus gritos de guerra son: "¡Money for Drugs, y, Coughing Forever!". El segundo se refiere a la tos ocasionada por los excesos del fumar mientras que el primero ridiculiza simultáneamente la ética capitalista básica y las consignas antidrogas, revisitando en sus propios términos el mito de Horacio Alger.³⁷ En la misma línea, "ya tengo un hijo, he sembrado varios árboles, escribo un libro y estoy

36 Esta tipología no es exhaustiva pero condensa algunas de las técnicas principales, desarrolladas por el Maestro, las mismas que, a su vez, han sido ora inventadas ora apropiadas y trasladadas entre diferentes redes de usuarios a las cuales él guarda acceso. En algunos casos, las técnicas de ingesta difieren no en el contenido de las mezclas, sino en las formas en que las sustancias son combinadas y el recipiente, instrumento o método de almacenamiento utilizados.

37 Fuera de ironías, el mito que encapsula Horacio Alger es postulado como modelo de empresariado también en las economías ilícitas, aunque con ciertos matices. Los sentidos de superación y de consecución de sentidos de prestigio y honor basados en el trabajo son elementos comunes del capitalismo que encuentra tempranamente Bourgois en sus estudios sobre la economía del crack en el Harlem Latino de los ochentas y noventas, y sirven para sintetizar su formulación sobre la centralidad de la búsqueda por el respeto y el reconocimiento comunitarios en comunidades dislocadas espacialmente por la migración masiva, y asociadas a la comercialización de drogas, como la puertorriqueña en el contexto de la recesión económica y la emergencia de la epidemia del crack en los ghettos de las principales ciudades de Estados Unidos (1989, 1995). Un trabajo complementario que me resulta único en su

haciendo un video pornográfico”, añade ridiculizando un lugar común sobre el devenir esperado de los sujetos en la sociedad establecida. Al inquirir sobre sus ideales empresariales más específicamente, tiene una línea de pipas realizadas todas con materiales reciclados tales como papel aluminio, pequeños contenedores plásticos y esferográficos (de marca “Build-a-Bong”). Su objetivo, en tanto agente económico, es “exportar humo de maduro enlatado. Así, yo sería declarado el obrero del año porque produzco yo mismo todo el humo necesario para exportar”. El compartir las drogas, por otro lado, tampoco puede ser idealizado a pesar de las solidaridades grupales y la cohesión brindada, eventualmente, por el acto de fumar base: “Menos boca, más me toca; menos nariz, más para miz”, dice el informante con una amplia sonrisa que generalmente sigue al conjunto de su intervenciones poéticas.

Adicionalmente, este informante magistral ha inventado una serie de juegos verbales para reafirmar su devoción a las drogas. Por motivos de espacio mencionaré solamente un par de ellos en las líneas que siguen. Los días de la semana se distribuyen de la siguiente manera: “Lunes, de caballeros (pero se aceptan damas); Martes, [fumar] hasta que te hartes; Miércoles, de ceniza; Jueves, no te agueves; Viernes-Sábado,

un solo día [dos días aunados por las prácticas bohemias]; Domingo, de recuperación”. El juego de naipes: “As, farrearás; 2, [prender] de a dos; 3, ménage-a-troi; 5, [fumar] hasta las cinco [de la mañana]; 6, Senna [de Ayrton, el piloto favorito del informante]; 8, el culo te abrocho [para denotar un acto de penetración como performance masculinista]; 9, nadie me mueve [de la sesión de fumado]; 10, Maradona; J, de jalar y joder; Q, de queso, quele y quisco [para comprar los tabacos requeridos para continuar fumando]); y, K, de kilo”.

La inversión simbólica en adquirir reconocimiento social, la proliferación de este tipo de juegos, la riqueza del lenguaje, la invención de nuevas tradiciones ligadas a consumos especializados, y la circulación de representaciones que hacen burla de los valores de la sociedad normalizada para intentar revertir la posición de sumisión y los estigmas creados por la ideología anti-drogas, caracterizan al mundo de la base al que he tenido acceso en el Guayaquil contemporáneo. Lejos de la imagen simplista que alude al consumo de base como si del paradigma de la adicción unilineal se tratase, los usuarios desarrollan rutinas destinadas a la limitación del volumen de consumo por sesión, y técnicas particulares para matizar u optimizar los efectos de las

dimensión temporal y fotográfica es *The New American Ghetto* de Camilo José Vergara (1999), resultante de dos décadas de reflexión sobre el devenir de ciertas barriadas marginales en dicho país. Su énfasis en registrar fotográficamente el muchas veces sorprendente destino de la arquitectura sirve como un complemento efectivo y poderoso para entender la precariedad de las condiciones en las que emergen zonas guetoizadas de tráfico y la violencia que, con frecuencia, acompaña la cotidianidad en dichos espacios, un día a día signado igualmente por estructuras de poder, económicas y raciales.

substancias mezcladas. Entendido en su dimensión sociológica y no como una desviación, el consumo de la base, una de las drogas cuya persistencia en la escena ecuatoriana la convierte en un referente histórico fundamental en el desarrollo de las economías ilícitas en el país, es un ejemplo de la riqueza del conocimiento necesario a acumularse para convertirse en un fumador reconocido. A su vez, en los tropos utilizados por el Maestro en su inversión deconstruccionista y crítica, uno puede encontrar la continuidad de formas estereotipadas de ver, por ejemplo, las relaciones de género. De hecho, el recurso reiterativo a nociones claves de la masculinidad hegemónica es crucial para entender el conjunto de su narrativa como un todo. La búsqueda del respeto coincide, otra vez, con la de la masculinidad y el poder, aunque por razones eminentemente lúdicas, distintas a las que se encuentran entre otras formaciones sociales (v. Bourgois, 2001).

Intersección

Una institución museal en Ciudad de México, una mirada construida para estructurar una cierta narrativa policíaca sobre las drogas en donde los elementos museográficos utilizados y el guión museológico implícito construyen la invisibilidad de las mujeres entre montajes y discursos masculinistas que ven al narcotráfico en función de los discursos dominantes de las políticas antidrogas. Cada pieza en este rompecabezas ideológico calza en los estereotipos creados por la guerra contra las drogas, siendo uno de sus componentes centrales el lenguaje de género, muchas

veces en contra de los propios propósitos de control y represión que intentan avanzar. Recorrer esos pasillos es como congelarse en el tiempo presente de las políticas represivas contra las drogas ilícitas. De hecho, fue en el mismo 2004, perdido deambulando entre montañas de papeles, en una librería de segunda mano en el propio DF, donde encontré un librito de bolsillo intitulado "El Imperio de las Drogas", cuya autoría es de Edward Donald, parte de una serie denominada Enciclopedia Popular Ilustrada. Se trata de un volumen mínimo que, no obstante, guarda intenciones enciclopédicas máximas y se halla destinado a "ilustrar al hombre común" en materia de unas cuantas docenas de páginas. Impreso en 1962, el mapa que representa las conexiones globales del "narcotráfico" —un concepto que no existía al momento de esa impresión—no incluía todavía a Latinoamérica. Las ilustraciones de los rostros de los traficantes más importantes correspondían, todos, a mafiosos de apellidos italianos, y la del cuartel central de la Interpol en París auguraba un inminente triunfo frente al comercio de las sustancias ilícitas. Con maniqués y fotografías, ahora en el Museo de los Enervantes, uno podía sentir la misma intencionalidad maniqueísta y el mismo optimismo que caracteriza a una lucha teleológica entre malos y buenos, solamente que disminuidos por la enorme corrupción que el negocio ha traído para nuestros países, por el costo de vidas humanas de gentes de estratos populares que no encuentran otra alternativa de sobrevivencia como es el caso de las mulas y los pequeños traficantes, por la expansión del consumo y algunas de sus con-

secuencias problemáticas en términos de salud pública, y por la superpoblación y la violencia de nuestros sistemas carcelarios.

La noche de bienvenida, en el calabozo de una cárcel. A punto de ser ultrajado por una pandilla, un fósforo se enciende en la oscuridad de la celda. El traficante con quien construí un diálogo que devino en su historia de vida y en un texto académico, solo parcialmente la relataba con la finalidad de ser escuchado, y, a la vez, construir un texto. El levantamiento de los datos etnográficos, dominado por el ejercicio de su narrativa oral, constituía una práctica en tres dimensiones, reforzando su locución con la actuación de los episodios de su cotidiano riesgo. Ello ilustra, adicionalmente, el hecho de que la masculinidad es, especialmente entre las economías ilícitas, un performance público violento, una citación abierta a los aspectos más agresivos y hasta criminales otorgados a los significados del "ser hombre de verdad".³⁸ Ciertamente, ellos se convierten en una necesidad cuando el devenir concurre en la vida cotidiana al interior de una institución represiva. Y una demanda estética, simultáneamente, para revertir efectivamente los estigmas que rodean al mundo de las drogas y la delincuencia sobre la base de sentidos de admiración que configuran determinado capital

simbólico y otorgan la valoración entre pares. Formas trabajadas de presentación personal que están pensadas para recobrar y fortalecer sentidos de honor y de respeto.

En las tres primeras viñetas insistí en que ciertas dinámicas de exclusión social explican la circularidad de la violencia y la alienación individual que caracterizan a los contextos de extrema pobreza. Finalmente, en las dos últimas, volví sobre el tema de lo estético pero esta vez como una construcción cuidadosamente cultivada y depurada por una red social y un consumidor de drogas ilícitas con la finalidad de crear sentidos de respeto y revertir la ideología anti-drogas en sus propios términos. Las luchas cotidianas por el espacio urbano, sus consecuencias sociológicas y sus sistemáticas prácticas exclusionarias sirvieron para cuestionar mi propio ojo etnográfico como resultante de un hábitus que, sobre el tema drogas, tiende a ver reiteradamente a los procesos sociológicos en términos de estereotipos y trayectorias individuales. Los temas de la marginación social y la autodestrucción no pueden ser desproblematizados de sus condiciones estructurales so pena de caer en los lugares comunes del estigma. Entre las poblaciones estudiadas prominentemente en los estudios sobre drogas, se encuentra que la circularidad de la violencia entre sectores

38 La misoginia entre estas comunidades, uno de los aspectos que caracterizan las formas de masculinidad dominante desarrolladas en su interior, puede expresarse de formas variadas, las que van desde la violencia física contra las mujeres en el espacio doméstico (Bourgois, 1985) hasta la explícita estigmatización y marginación entre formaciones sociales compuestas exclusivamente por hombres (Caldeira, op. cit.). Estos fenómenos, a su vez, apuntalan la formación de sentidos de aislamiento y guetoización, definiendo una dinámica de fragmentación social y espacial que se impone, de distintas maneras, entre las diferentes clases sociales. Se trata de un camino exclusionario de doble vía.

desposeídos se explica por la competencia económica en las calles o las cárceles, y por las jerarquías simbólicas que devienen de sentidos de honor y respeto, a lo que habría que sumar una búsqueda por reconstituir ciertas formas patriarcales de masculinidad que sirven para fundamentar determinadas nociones de identidad.

En palabras de Caldeira al hablar de ciertas formaciones juveniles de estratos populares en Sao Paulo, cuyas condiciones de marginación pueden ser extrapoladas a las de las principales ciudades ecuatorianas, “[s]iempre está presente la violencia de la policía, pero la principal causa de muerte es el asesinato entre hermanos de pobreza” (2007: 58). Si hay, como en el caso de las comunidades estudiadas por esta antropóloga, sentidos emergentes y autogestionarios de “hermandad” que intentan frenar esta violencia circular para acabar con el autoexterminio, diferentes son los desafíos para entender otro tipo de formaciones sociales que se hallan en una posición de poder dentro del sistema más amplio. La destrucción que se da por fenómenos de adicción a sustancias ilícitas, para empezar, no va de la mano necesariamente del complejo de la violencia que las etnografías de comunidades deprivadas han ilustrado de forma fidedigna y extensivamente. Los sentidos de “hermandad” pueden hallarse estrictamente articulados al ejercicio del consumo de ciertas sustancias, especialmente de aquellas que tienen cualidades extremadamente adictivas y son públicamente estigmatizadas, como es el caso del sulfato de cocaína. Al mismo tiempo, la definición de jerar-

quías grupales pueden ser una forma, lúdica pero también seria, de construir referentes para visualizar cotidianamente los problemas derivados del riesgo del consumo de tales sustancias, una forma tensionada de normatización de la contravención que es posible gracias a que estas comunidades tienen acceso a un conjunto de recursos económicos y educacionales más amplio que el de las clases populares. Su mayor familiaridad con los repertorios de la “rehabilitación”, por ejemplo, deriva en el cultivo de prácticas de negociación paralelas pero también contrapuestas a la idealización del consumo de drogas. En vista de que la violencia es canalizada exclusivamente hacia las dinámicas de auto-destrucción, las opciones para evitarlas son igualmente más amplias. Contrarios a la guetización de las clases populares como respuesta a múltiples formas de discriminación, estas formaciones sociales circulan libremente.

La estetización de la violencia puede ser, en la época de la fascinación por el discurso, el análisis textual y el postmodernismo, la peor cárcel para quienes desarrollan aventuras etnográficas en el mundo de las drogas. Por ello, la entrada metodológica del ejercicio retrospectivo aquí expuesto ve a lo estético, por un lado, como a una tecnología de disciplinamiento y observación del dato etnográfico, y, por otro, como a una construcción legitimizante que emerge de la vida social con la finalidad de focalizar el bloqueo de representaciones que se traba entre el discurso sobre las drogas en tanto ideología y la experiencia práctica de consumidores y traficantes. Esto poco tiene que ver con

discusiones sobre “estilos” –las mismas que, generalmente, tienden a subrayar los aspectos más exóticos de estos mundos y dominan, especialmente, en los estudios sobre comunidades juveniles– y, mucho, con prácticas e interacciones histórica, espacial y socialmente situadas. La etnografía, con su respeto por las minucias de las construcciones materiales e ideacionales de gente concreta bajo condiciones históricas determinadas, tiene la posibilidad de abonar a un terreno de discusión que, por hallarse monopolizado por las visiones biomédicas, psiquiátricas y legalistas, tiende a presentar el mundo en forma simplista y a dejar pasar por sus narices la explicación sobre los fenómenos más dramáticos del consumo y las formas específicas de violencia que lo acompañan. El desafío para la representación antropológica es, pues, contextualizar a dicha violencia, problematizar su contenido de género, clase y raza, y avanzar en una lectura que supere la fácil criminalización de quienes, dadas las condiciones estructurales de la pobreza, continúan siendo sus principales víctimas. La etnografía, así entendida, puede colaborar también a romper con la miseria de la propia teoría.

Intersección. Entre el devenir de Anthony Henman, cuya posición radical y expediciones didácticas para la invención de nuevas tradiciones sobre el consumo de drogas en contextos urbanos han contribuido a reinterpretar en un sentido constructivo la normatización de la contravención, creyendo para ello fervientemente en el poder de los controles sociales informales como alternativa a la óptica punitiva. Entre la

estancia crítica de Philippe Bourgois, cuya honestidad intelectual para enfrentarse a la violenta realidad de las economías ilícitas e intentar atrapar su racionalidad en aras de avanzar una mirada etnográfica como alternativa de entendimiento a pesar de las múltiples encrucijadas éticas que, en el campo, se presentan precisamente por la naturaleza intersubjetiva de esa mirada. Entre devenires y estancias, calzan estas viñetas, “cosas”, para volver a parafrasear a Michael Taussig, que ahora conforman una parte significativa de mi propio museo etnográfico: ideologías antidrogas, maniqués varoniles, cuerpos de mujeres que camuflan drogas, sobredosis, intercambios callejeros con mujeres invisibilizadas, celdas, hogueras, venganzas, ironía, parodia, excesos, controles informales, enciclopedias.

Referencias

- Abadie, Roberto
2003 *Historias de Picos: Narrativas sobre el Consumo de Drogas Intravenosas en los Tiempos del SIDA*. Montevideo: Frontera Editorial.
- Andrade, X.
2007 *Diarios de Guayaquil: Ciudad Privatizada*. *Guaragua* 26: 31-52.
- Andrade, X.
1994 *Violencia y Vida Cotidiana en el Ecuador*. En Julio Echeverría y Amparo Menéndez-Carrión eds. *Violencia Estructural en los Andes: El Caso de Ecuador*. Quito: FLACSO, pp. 131-160.
- Andrade, X.
1993 *Historias de Riesgo e Identidades en Tensión: Un Diálogo entre un Traficante y un Etnógrafo*. Tesis de Maestría en Antropología Andina. Quito: FLACSO.
- Andrade, X. y Gioconda Herrera eds.
2001 *Masculinidades en Ecuador*. Quito: FLACSO y UNFPA.

- Andrade, X. et al.
1999 Dope Sniffers in New York City: An Ethnography of Markets and Patterns of Use. *Journal of Drug Issues* 29 (2): 271-298.
- Auyero, Javier
2000 *Poor People's Politics: Peronist Survival Networks and the Legacy of Evita*. Durham y Londres: Duke University Press.
- Becker, Howard
1963 *The Outsiders: Studies in the Sociology of Deviance*. Chicago: Free Press.
- Bourdieu, Pierre, et al.
La Miseria del Mundo. Madrid: Ediciones Akal, México y Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Bourgois, Philippe
2001 In Search of Masculinity: Violence, Respect, and Sexuality among Puerto Rican Crack Dealers in East Harlem. *The British Journal of Criminology* 36: 412-427.
- Bourgois, Philippe
2000 Disciplining Addictions: The Bio-Politics of Methadone and Heroin in the United States. *Culture, Medicine and Psychiatry* 24: 165-195.
- Bourgois, Philippe
1999 Theory, Method, and Power in Drug and HIV-Prevention Research: A Participant-Observer's Critique. *Substance Use & Misuse* 34(14): 2155-2172.
- Bourgois, Philippe
1998a Just Another Night in a Shooting Gallery. *Theory, Culture & Society* 15(2): 37-66.
- Bourgois, Philippe
1998b The Moral Economies of Homeless Heroin Addicts: Confronting Ethnography, HIV Risk, and Everyday Violence in San Francisco Shooting Encampments. *Substance Use & Misuse* 33(11): 2323-2351.
- Bourgois, Philippe
1995 *In Search of Respect: Selling Crack in El Barrio*. New York: Cambridge University Press.
- Bourgois, Philippe
1989 In Search of Horatio Alger: Culture and Ideology in the Crack Economy. *Contemporary Drug Problems*: 619-649.
- Bourgois, Philippe y Jeffrey Schonberg
s.f. *Sexo Lumpen: dos perspectivas etnográficas de vendedores de crack puertorriqueños y heroínomanos desamparados blancos*. Mimeo.
- Bourgois, Philippe y Julie Bruneau
2000 Needle Exchange, HIV Infection, and The Politics of Science: Confronting Canada's Cocaine Injection Epidemic with Participant Observation. *Medical Anthropology* 18: 325-350.
- Brandes, Stanley
2003 Drink, Abstinence, and Male Identity in Mexico City. En Matthew Gutmann, ed. *Changing Men and Masculinities in Latin America*. Durham y Londres: Duke University Press.
- Buchli, Victor ed.
2002 *The Material Culture Reader*. Oxford: Berg.
- Butler, Judith
1993 *Bodies That Matter: On The Discursive Limits of "Sex"*. Londres: Routledge.
- Caldeira, Teresa P.R.
2007 Hip-Hop: Periferia y Segregación Espacial en Sao Paulo. *Guaraguao* 26: 53-63.
- Cerbino, Mauro
2004 *Pandillas Juveniles: Cultura y Conflicto de la Calle*. Quito: Ed. El Conejo y Abya Yala.
- Donald, Edwar
1962 *El Imperio de las Drogas*. Barcelona: Ediciones G.P.
- Foucault, Michel
1999 Espacios Diferentes. En *Estética, Ética y Hermenéutica*. Barcelona: Paidós.
- Frankenberg, Ronald
1993 Risk: Anthropological and Epidemiological Narratives of Prevention. En Shirley Lindenbaum y Margareth Lock, eds. *Knowledge, Power, and Practice: The Anthropology of Medicine and Everyday Life*. Berkeley: University of California Press, pp. 219-242.
- Glenn, Joshua
2007 The Real Thing. *Cabinet* 26: 38-40.
- Granfield, Robert y William Cloud
1996 The Elephant That No One Sees: Natural Recovery Among Middle-Class Addicts. *Journal of Drug Issues* 26(1): 45-61.
- Gutmann, Matthew, ed.
2003 *Changing Men and Masculinities in Latin America*. Durham: Duke University Press.

- Haraway, Donna
1989 *Teddy Bear Patriarchy: Taxidermy in the Garden of Eden*, New York City, 1908-1936. En *Primate Visions: Gender, Race and Nature in the World of Modern Science*. Londres: Routledge, pp. 26-58.
- Harvey, Penelope
1996 *Hybrids of Modernity: Anthropology, the Nation State and the Universal Exhibition*. Londres: Routledge.
- Henman, Anthony
2007 *Una Antropología Florece Fuera de la Academia: Anthony Henman y el Cactus San Pedro*. Entrevista electrónica en http://visionchamanica.com/yage_EMC/sanpedro.htm
- Henman, Anthony
2005 *Making Ypadu in Lima with Anthony Henman*. <http://lamiel.free.fr/indexes/graphics/Index/Making%20YPADU/Making%20YPADU.html>
- Henman, Anthony
1996 Aspectos del Hongo Alucinógeno Psilocybe semilanceada en el País de Gales. En Actas del 20 Congreso Internacional para el Estudio de los Estados Modificados de Consciencia. Barcelona: Instituto de Prospectiva Antropológica.
- Henman, Anthony
1990 Coca and Cocaine: Their Role in Traditional Cultures in South America. *Journal of Drug Issues* 20(4): 577-588.
- Henman, Anthony
1986 Uso del Ayahuasca en un Contexto Autoritario: El Caso de la Uniao do Vegetal en Brasil. *América Indígena*, vol. XLVI(1): 219-234.
- Henman, Anthony
1981 *Mama Coca*. Bogotá: El Ancora Editores y Ed. La Oveja Negra.
- Henman, Anthony
s.f. *Aspectos Cognoscitivos de la Mente Humana: Hacia una Genealogía de las Representaciones*. Mimeo.
- Henman, Anthony y Oswaldo Pessoa
1986 *Diamba Sarabamba: Coletânea do Textos Brasileiros sobre a Maconha*. Sao Paulo: Ed. Ground.
- Juárez, Blanca
2007 ¿Estoy Exagerando? ¿El Grupo Pesado Está a Favor del Feminicidio? *Replicante* 10: 95-97.
- Mallet, Ana Elena
2002 *Modus Operandi*. *Luna Córnea* 23: 66-69.
- Mitchell, Tim
2004 *Intoxicating Identities: Alcohol's Power in Mexican History and Culture*. Nueva York y Londres: Routledge.
- Núñez, Jorge
2006 *Cacería de Brujos: Drogas ilegales y Sistema de Cárceles en el Ecuador*. Quito: FLACSO.
- Pontón, Jenny
2006 *Mujeres Que Cruzaron la Línea: Vida Cotidiana y Encierro*. http://flacso.org.ec/docs/mujerescruzaron_iponton.pdf
- Pontón, Jenny y Andreína Torres
2006 *Cárceles del Ecuador: Los Efectos de la Criminalización de las Drogas*. Informe de investigación. Quito: FLACSO.
- Rivera Vélez, Fredy
2005 Ecuador: Los Bemoles de la Guerra Contra las Drogas. En Coletta Youngers y Eileen Rosin, eds. *Drogas y Democracia en América Latina*. Buenos Aires: WOLA y Ed. Biblos, pp. 287-323.
- Schechner, Richard
1985 *Between Theater and Anthropology*. Philadelphia: University of Pennsylvania Press.
- Scheper-Hughes, Nancy
1992. *Death Without Weeping: The Violence of Everyday Life in Brazil*. Berkeley y Los Angeles: University of California Press.
- Schonberg, Jeffrey y Philippe Bourgois
2002 Politics and Photographic Aesthetics: A Critical Documentation of HIV Epidemics Among Heroin Injectors in Russia and the United States. *International Journal of Drug Policy* 13: 387-392).
- Taussig, Michael
2004 *My Cocaine Museum*. Chicago y Londres: The University of Chicago Press.
- Torres, Andreína
2006 *Drogas y Criminalidad Femenina en Ecuador: El Caso de las Mujeres Mulas*. Tesis de Maestría en Estudios de Género. Quito: FLACSO.

Vergara, Camilo José
1999 *The New American Ghetto*. New Brunswick: Rutgers University Press.

Wacquant, Loïc
1998 Inside The Zone: The Social Art of the Hustler in the Black American Ghetto. *Theory, Culture & Society* 15(2): 1-36.

Zinberg, N.
1986 *Drug, Set and Setting: The Basis for Controlled Intoxicant Use*. New Haven: Yale University Press.

Chasqui

Revista Latinoamericana de Comunicación

www.ciespal.net

www.chasqui.comunica.org

No. 99

Septiembre 2007

Director: Edgar Jaramillo

Editor: Luis E. Proaño

ÍNDICE

- Carta a nuestros lectores
- Páginas de grandes periodistas, Juan Luis Cebrían: "Si fundara ahora *El País* no lo haría en papel, haría algo en Internet"
- PORTADA
- Sobre el periodismo, la ética y la democracia, José Zepeda Varas y Daniel Prieto Castillo
- OPINIÓN
- Bricolajes identitarios y movilizaciones comunitarias, Alain Boudloires
- ENSAYOS
- Después de RCTV, El servicio público como coartada, Andrés Canizalez
- Tránsito por la comunicación, la identidad y la cultura, Jorge A. Masnocco
- Mercadeo neopopulista en los medios de comunicación, Alejandra Valdés
- *Medios necios que acudís a la justicia... ¿sin razón?*, Ines Ghiggi
- La imagen de los Estados Unidos en seis periódicos extranjeros, Sergio Inestroza
- Argentina, Libertad de prensa recortada, Alexis Socco
- Nueva redacción periodística para medios on-line, Inma Martín Herrera
- PRENSA
- Prensa cosmopolita: Las revistas *Etiqueta Negra* y *El Malpensante*, Paúl Alonso
- TELEVISIÓN
- La telenovela *Amor en custodia*, una telaraña sentimental, Manuel de Jesús Corral Corral
- Viejos y nuevos formatos en la televisión del siglo XXI, Inmaculada Gordillo
- RADIO
- Radio ONU inicia servicio digital de noticias, Laura Kwiatkowski
- INFORMÁTICA
- Pensar la informática cuántica, David Alejandro Yanover
- SECCIONES FIJAS
- Periscopio Tecnológico
- Bibliografía sobre Comunicación
- Actividades del CIESPAL

Suscripciones	un año	dos años	números anteriores
	(cuatro números – incluye porte de correo – precio en dólares US)		
América Latina	45	80	10
Europa y Estados Unidos	65	110	15
Ecuador	15	25	4
Resto del mundo	75	115	20

Pagos

El valor de la suscripción enviar -por correo certificado- en cheque en dólares a órdenes de CIESPAL contra un banco de los Estados Unidos, preferentemente de Nueva York; o, depositario en la cuenta corriente de CIESPAL en el Banco del Pichincha de Quito, Ecuador, número 3188236304, código Swist "Picheceq", código ABA 23119501.

El envío del dinero podrá efectuarse por intermedio de Western Union a nombre de Luisa Varela, del Departamento Financiero de CIESPAL, teléfono (593-2) 2227480.

La información enviar al email chasqui@ciespal.net o a la dirección postal P.O.Box 1701584 – Quito - ECUADOR